

JORNADAS

53

JOSE FERRATER MORA

Cuestiones españolas

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

308
J88
No.53
Ej.1



EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

Director: Dr. Alfonso Reyes

SEMINARIO SOBRE EL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

Director: Dr. José Gaos

JORNADAS

Organo del Centro de Estudios Sociales

Director: J. Medina Echavarría; *Secretario:* F. Giner de los Ríos.

(Toda la correspondencia literaria debe enviarse a Sevilla 30, México, D. F.).

Distribución exclusiva: Fondo de Cultura Económica
Pánuco 63



EL COLEGIO DE MEXICO

308/J88/no.53



3 905 0013993 D

308/J88/No.53/ej.1

74817

Ferrater Mora,

AUTOR

Cuestiones españolas.

TITULO

FECHA

74817

308
J88
No.53
ej.1.

Ferrater Mora, José
Cuestiones Españolas



JORNADAS, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante los meses siguientes para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, JORNADAS va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: en órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de JORNADAS, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza

humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. JORNADAS se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las JORNADAS no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas "nuestros" que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas de la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar por sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes a las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder, hoy en juego, si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas, incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las JORNADAS del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos tres propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con JORNADAS se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

JOSE FERRATER MORA

CUESTIONES ESPAÑOLAS

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

JORNADAS — 53
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales
1945

308
J.88
No. 53
y.1

74817

S U M A R I O

- Prefacio.
- I. Primeros tanteos.
 - II. Las dos Españas.
 - III. Indiferencia mutua. En busca de una solución. La tercera España. Problema y angustia. Una frase de Ortega.
 - IV. El desdenguado y el energúmeno. Moderación y doble frenesí. "Derechas e izquierdas". Otra vez la historia. Vitalidad y desprendimiento.
 - V. Reconciliación humana y reconciliación política. La imitación innecesaria. Vieja y nueva aristocracia. El problema de la unidad moral.
 - VI. Renovación y rescate. Justicia y misericordia. El problema del nacionalismo.
 - VII. La cuestión del mando y la emigración española. Se inicia la cuestión internacional. Una política disgregadora.
 - VIII. La hidalguía y el orgullo. Otra vez la reconciliación positiva. La política de equilibrio. Cuestiones de política mundial.
 - IX. La tarea futura. Genialidad y programa. Ponerse de acuerdo y estar de acuerdo. El problema de la democracia. Relación de la vida con la política. Cuestiones peninsulares.
 - X. La superación del localismo español. La cuestión de la resurrección de un imperio. La batalla ganada. La forma de relación de la península ibérica con América. El renacer del mundo hispánico.
 - XI. Primera introducción al mundo hispánico.

PREFACIO

El ritmo lento con que están escritas las primeras páginas de este ensayo y el atropello relativo con que a partir de cierto momento se redactaron muestra ya que ha habido en el intermedio algún acontecimiento productor de tal cesura. Conviene declararlo de inmediato: se trata de la posibilidad de que las ideas que comenzara a exponer cuajaran en algún sentido, si no en la organización del país que es principalmente objeto de estas meditaciones, por lo menos en las cabezas de algunos de sus más voluntariosos ciudadanos. Me ví forzado entonces, tras largo reposo de este manuscrito —cuyas primeras páginas datan de los postreros meses de 1941—, a reasumirlo. Pero al practicar tal operación me di cuenta inmediata de que un ritmo cauteloso como el del principio resultaría inoperante. En realidad, estas páginas contienen en embrión las ideas de varios estudios. Si mantienen, no obstante, la apuntada pluralidad de ritmos, una unidad rigurosa, se debe no sólo a que responden a la misma preocupación, sino también a que todas ellas son perfectamente convergentes. Se trata de orientar a los contemporáneos y acaso a quienes les sucedan hacia una mayor claridad sobre sí mismos, por lo pronto en el terreno de la acción política. Como era cada vez más apremiante una orientación inmediata, consideré que debía abandonar el tanteo de los comienzos para enunciar ideas que en tan breve tiempo y sin largos rodeos no pueden ser debidamente fundamentadas. Todas ellas poseen, sin embargo, supuestos radicados en campo muy anterior a la política, en el único campo que de veras me interesa y al que acaso hubiese debido limitarme. Mas hay momentos en que es preciso ser infiel a sí mismo para no serlo a la época y al mundo con los cuales debe convivirse. Lo que con estas cuestiones prin-

cialmente me interesaba era contribuir a la comprensión del espíritu de Occidente, que está en estos instantes, como por lo demás suele hacer con suma frecuencia, renaciendo. Atenerse a esto habría sido sin duda más discreto. Pero el abstracto perfil que entonces hubiesen revestido mis ideas habría resultado incompatible con esa necesidad de acción a distancia que siente quien, rechazando la conversión de las ideas en consignas, no quiere tampoco que sean meros esquemas intelectuales. Tampoco habría servido entonces de adecuada respuesta a quienes, en vez de enterarse de las ideas del autor, prefieren la comodidad de atribuirle cualquier particular ortodoxia. Preferí por ello sacrificar momentáneamente mi ambición y convertir la parsimoniosa indagación de los supuestos del mundo hispánico en una sumaria indicación de las perspectivas que el futuro le ofrece. Por eso las páginas que siguen no van dirigidas sólo a los españoles o a ese mundo hispánico a que antes me refería: van también en busca del “buen europeo” y del que podría llamarse ya el “buen occidental”, de ese hombre de una cultura que, sin abandonar el Mediterráneo, antes bien potenciando hasta el máximo sus virtudes, comienza a extenderse por la ancha cuenca del Atlántico. De ahí que en las páginas últimas del ensayo se retome el hilo que en los comienzos perdí deliberadamente y se insinúe una doctrina que por el instante tiene que limitarse a una fórmula: que si el mundo hispánico adquiere plena conciencia de sí mismo podrá insertarse de nuevo con máxima eficacia e increíble influencia en una civilización que, tramontada la modernidad, está redescubriendo los mismos ideales que alientan nuestra vida.

I

PRIMEROS TANTEOS

Todo reino dividido contra sí mismo será devastado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir.

Mateo, 12, 25.

Un índice de cuestiones españolas es de tal modo pavoroso, que no sorprende ver con frecuencia al español eludir semejantes pesadumbres. Las causas del pavor son diversas, pero una de ellas cuando menos merece ser enérgicamente destacada. Héla aquí: en ningún otro país como en España las cuestiones que se plantean afectan de un modo más radical la cuestión misma de su existencia. Dicho de otro modo: sólo en España hay completa unidad de las cuestiones españolas con la cuestión española. Ciertamente es que esta interdependencia está apuntando también con singular vigor en los países que hasta ahora parecían más inmunes a ella. La frase que Spengler dedica a los románticos: “Eran ciertamente heroicos y nobles y estaban en todo momento dispuestos a ser mártires, pero hablaban demasiado de la esencia alemana y demasiado poco de los ferrocarriles y convenios aduaneros”, frase que parece responder a una actitud supremamente realista y enemiga de vagas especulaciones, deja escapar realidades fundamentales. Pues en todas partes la esencia nacional parece depender, en efecto, de los ferrocarriles y de los convenios aduaneros, pero también estos ferrocarriles y estos convenios nada significan sin esa romántica y vaporosa esencia que sólo la especulación, en el más amplio sentido de este término, permite poner de manifiesto.

No lo estiman así, por lo visto, quienes afrontan estas cuestiones

con las dos armas menos adecuadas para hacer blanco en ellas: el fanatismo y la ironía. No puedo desconocer que ambas son actitudes necesarias y que sólo el fanático y el irónico pueden en cierto modo practicar las edificaciones y las destrucciones que continuamente toda nación requiere. Mas ironía y fanatismo son inevitablemente parciales, y un mundo entregado sin defensa a ellos acabaría por no poseer ni perduración ni sentido; al lado del fanático y del irónico, no más, pero tampoco no menos importante que ellos, se halla el hombre sereno. Esta exigencia de serenidad se acentúa en aquellos instantes en que las cuestiones están exacerbadas, en que su sola enunciación es, como indicaba, pavorosa. Entonces la serenidad puede por sí sola y sin ajeno auxilio descubrir lo que el fanático y el irónico no podrán alcanzar nunca: la vida profunda que alienta bajo la desconcertante agitación y la tremenda desmesura. Para descubrir esto, la serenidad no necesita ni siquiera ser inteligente; la inteligencia puede facilitar su esfuerzo, mas no desviarla de su trayectoria. Digo esto para que no se vaya a creer que solamente los hombres de dedicación intelectual son capaces de penetrar en estos inquietantes enigmas. Ocurre muchas veces precisamente lo contrario: arrastrada por el fanatismo o seducida por la ironía, la clara inteligencia se enturbia, confunde la visión parcial con la realidad total y pone al servicio de la falsificación la gran potencia de la intuición y del análisis. Admitamos, pues, que la serenidad es más bien una actitud que una capacidad y que, más que el desvelo de la mente, exige el continuo y fatigoso esfuerzo para mantenerse siempre fiel a lo que la realidad dicta y a lo que la verdadera conveniencia sugiere. El fanático es impetuoso, mas no esforzado; el irónico es agudo, pero no posee la simplicidad suficiente para ser lúcido; el hombre sereno, en cambio, que a veces carece de vigor y otras de sutileza, no está nunca desprovisto de lo único que es realmente indispensable para comprender algo: la voluntad de hacerlo.

Como si todo esto fuera poco, la cuestión de las cuestiones españolas se halla complicada por el hecho de no saberse sobre cuál de ellas conviene disparar primero. El asunto no es ocioso. Las cuestiones nacionales

son un poco como las cuestiones filosóficas: en ellas el contenido importa tanto por lo menos como el método. Sin embargo, en nuestro caso parece haber una excepción afortunada; precisamente por el hecho de que la cuestión española está tan íntimamente implicada con las cuestiones españolas, precisamente porque cada una de las cuestiones españolas lleva suspendido en sus entrañas el problema de la misma esencia de España, la preocupación por el método se hace menos apremiante. En rigor, no importa comenzar por una o por otra ni siquiera tener buen cuidado de no saltar de la una a la otra; como Hegel dice del sistema de la filosofía, su conjunto forma un círculo donde por todas partes puede penetrarse. No es en modo alguno casual que la forma “tradicional” para dilucidar los problemas europeos haya sido cabalmente la del ensayo. El ensayo es una forma tan adecuada de tratar el problema español que no parece sino que este género literario sólo exista en España con el exclusivo objeto de que esta se haga cuestión de sí misma. De ahí el carácter fragmentario, indeciso y vagamente “romántico” que han tenido hasta ahora todas las visiones más o menos serenas que los españoles y algunos extranjeros han obtenido de España. No lo lamentemos demasiado. En última instancia, el ensayo es la más fiel transcripción literaria de lo único que puede proporcionarnos una acabada idea de la realidad: la palabra viva. El español no puede utilizar como instrumento para el análisis de sí mismo el estudio o el informe, porque para comentar las cosas no se le ocurre naturalmente escribir, sino hablar.

Mas si, en principio, es indiferente comenzar por una o por otra de las cuestiones que se agitan en torno a España, hay algunas por lo menos que parecen querer arrastrarnos desde los comienzos, porque parecen cubrir todo el horizonte. Entre ellas, y por encima de todas, hay una cuestión que ofrece un singular aspecto. Hasta el momento me he referido a las cuestiones españolas y a la cuestión española como si no hubiera en ellas más problema que el que ellas mismas nos plantean. Mas, ¿no sorprende tener que preguntarse, al tratar de las cuestiones españolas, cuál es la España a la cual convienen? ¿No nos plantea esto

precisamente la más aguda de todas las cuestiones, aquella de la cual todas las demás dependen forzosamente? Lo que había anunciado acerca de la superficialidad de un método para adentrarnos en la cuestión española, ¿no era acaso un sofisma que aquí queda absolutamente desmentido?

Porque si hay varias Españas y cada una de ellas posee un grupo distinto de cuestiones, la cuestión española será absolutamente insoluble y acaso fuera más discreto no comenzar ni siquiera a plantearse. Mas, ¿es esto verdaderamente lo que ocurre? ¿No habrá precisamente aquí, en este más agudo e inquietante problema, la posibilidad de una fértil e insospechada solución?

No resuelve, desde luego, la cuestión afirmar, como suele hacerse comúnmente, que sólo una de las Españas en litigio —y, claro está, la del que en cada caso esté hablando— es la única verdadera. Si esto fuera así, la cuestión española no sería de ninguna manera distinta a las de las otras naciones existentes. Porque nadie debe creer que este interno desgarramiento sea específicamente español. En España se ha hecho, por así decirlo, ejemplar, pero en ninguna parte, y menos ahora, está ausente. Lo pavoroso de las cuestiones nacionales, y en nuestro caso de la española, es que pueden resultar insolubles. Anticipemos, para evitar resignados aspavientos, que no lo es, a nuestro entender, en el caso de España y que aún es bastante menos insoluble que para algunos países aparentemente satisfechos de sí mismos. Precisamente porque en España ha llegado la cuestión a tocar hasta su último fondo, puede la solución ser mucho más radical y, sin duda, mucho más auténtica. Mas la posibilidad de una solución de la cuestión esencial de España no da ningún derecho para proceder a una extirpación quirúrgica de las delicadas incógnitas que sobre ella se ciernen. Cuando se hace esto, se olvida que las incógnitas no quedan suprimidas por el mero hecho de declararlo. Aun en este terreno la cuestión española es, digámoslo de una vez, y sin prejuizar en qué ha de consistir o cómo puede practicarse, un problema de integración.

Pues, en efecto, lo que primeramente emerge ante nuestros ojos es

el espectáculo de una multitud de Españas que se empeña en vivir aisladamente, como si cada una pudiera proporcionarse la savia que sólo del tronco común fluye en abundancia. Para que nuestro análisis no permanezca vagando en nebulosas cumbres, digamos que lo que se nos aparece, por lo pronto, de España, prescindiendo de otras no menos agudas divisiones, son dos grandes fragmentos de tan bronca factura, que ya resulta peligroso decidirse a compararlos. En un libro penetrante sobre la misma cuestión que empezamos a rozar, Fidelino de Figueiredo reconoce ya que los términos derechas e izquierdas no tienen en España el mismo significado que en cualquier otra parte, “no entrañan una mera distinción de métodos de cuestión o de ritmo de la política y, por lo tanto, en el camino de la historia”. Derechas e izquierdas son designaciones arbitrarias y, desde luego, equívocas de profundísimas y casi vertiginosas realidades. No se pregunte de qué realidades se trata; si verdaderamente lo supiéramos, el problema de estas dos primeras Españas habría llegado a su término. Digamos sólo que son, efectivamente, Españas únicamente dispuestas a proclamar la sinrazón de su contraria. Esto ocurre también en otros países y conviene a veces que así sea. Pero mientras allí no hay que ahondar demasiado bajo la separación para encontrar lo que les es común, hay que descender en España a una profundidad tal, que en ella sólo las tinieblas nos circundan. El abismo moral que se ha abierto entre dos Españas es tan hondo que únicamente se vislumbra su fondo cuando se comparan las reacciones manifestadas por un español y un extranjero ante la enorme incógnita de España. Por un lado, el ingenuo extranjero se asombra de que un español cualquiera rechace con tan soberana indignación la idea de que, en fin de cuentas, también la otra España es a su modo española; aun en las naciones hoy desgarradas por guerras civiles no se producen tan categóricas irritaciones. Mas, por otro lado, el español se admira de que el extranjero no haya reparado en la verdadera entraña de la cuestión, y tiene la sensación de que *no se le comprende*. ¿Por qué?

II

LAS DOS ESPAÑAS

La razón de que el abismo entre españoles sea insondablemente profundo y que sólo con escándalo puedan tenderse puentes entre sus orillas, radica por lo pronto en la incomparable gravedad con que el español contempla el ideal que le ha tocado en suerte o que ha elegido. Con ello se pone de relieve que el máximo vicio de España, el que puede inclusive poner término a su existencia como Estado, es la consecuencia de una virtud espléndida. No ignoro, claro está, que también constan en ésta algunos componentes que no son precisamente virtudes. La imposible aspereza del español, su quimérica tenacidad, su insólita desmesura, forman parte asimismo de esta primigenia virtud de la fidelidad a toda costa. No necesito decir que tal virtud es una constante de su existencia, por más que sólo en épocas de acentuación de su perpetua crisis pueda abiertamente revelarse. Ha habido épocas en que no sólo el desgarramiento interno de España no ha sido tan manifiesto, sino que inclusive ha podido pensarse que era absolutamente extraño a ella. Para no ir muy lejos y no barajar impunemente los siglos, me limito a llamar la atención sobre un párrafo que figura en el último edicto de la Suprema Junta Central Real, dado en la Isla de León en 29 de Enero de 1810, y presumidamente redactado por Jovellanos: “Nosotros, españoles; nosotros, cuyo carácter es la moderación y la cordura, cuya fuerza consiste en la concordia . . .” Olvidamos demasiado, en efecto, que las primeras centellas de la violenta guerra civil que está prendiendo por todas partes y que amenaza con abrasarlo todo no brotaron precisamente en España, sino en Europa.

La referencia que en ese desconcertante párrafo se hace a la cordura y a la concordia españolas, tira por elevación sobre la Revolución Francesa y sobre la decidida señal que en ella se dió de una escisión cuyos efectos beneficiosos o nocivos no nos incumbe proclamar en estas páginas. Lo que en él aprendemos es lo que nuevos testimonios nos van cada día enseñando: que hubo un momento de crisis en Europa que se evidenció ya con cierto vigor en Francia desde fines del Siglo XVII hasta principios del XVIII y que hace escribir a Paul Hazard, en un libro primoroso, estas lapidarias palabras: “Todo el mundo pensaba como Bossuet; de repente, todo el mundo pensó como Voltaire: era una revolución”.

Pero no nos engañemos. La cuestión del abismo moral entre españoles tiene otros alcances que el abierto entre europeos, aun cuando mutuamente se interpenetren y se influyan. El problema español sería demasiado llevadero si se tratara de retrotraernos a una época en la que se supone hubo vigencias comunes y, como resultado de ellas, moderación, cordura y concordia. No niego que estas vigencias hayan existido alguna vez; no niego tampoco, ni mucho menos, que fueran maravillosas. Pero el hecho es que no existen y que intentar crearlas artificialmente equivaldría a crear una España pronta a desvanecerse al menor vahido y, lo que es peor aún, una España radicalmente inauténtica. Lo que se trata precisamente de hacer ahora, lo único que puede solucionar un conflicto al parecer insoluble es descubrir las efectivas vigencias, lo que puede unir a los españoles en vez de violenta y sangrientamente separarlos. Ahora bien, el más flaco servicio que podría hacerse a España consistiría en solucionar su cuestión capital señalando arbitrariamente las vigencias que se cree han de unir a los españoles. Habrá siempre españoles, y no pocos, que las creerán insoportables, y que se apresurarán a erigir otras, las opuestas. La cuestión se hará entonces enfadosa, porque regresará perpetuamente al punto de partida. Quien esto pretende, está pretendiendo sencillamente convertir la historia de España en una inacabable desventura. En nombre de una cierta unidad —luego veremos que *también* hay que admi-

tirla— se creará una irremediable y cada vez más pulverizada diversidad.

No por azar he dicho un poco antes que la cuestión española tiene una solución mucho más radical que cualquier otra precisamente porque ha llegado a tocar hasta su último fondo. No se trata, por cierto, de que España no participe en los periódicos desgarramientos de Europa. Como luego veremos, España es asimismo, y en mayor proporción de lo que muchos creen, un país europeo que ha respetado con mayor fidelidad que bastantes pretendidos campeones lo esencial de Europa. Mas el desgarramiento español que aquí examinamos bien que vinculado por algunos lados fundamentales a Europa, es, en el fondo, irreductible a ella. En el sentido que aquí damos a esta expresión es una cuestión española y sólo desde España misma podrá ser objeto de interpretación adecuada.

Acercarse a la realidad española sin segundas intenciones: he aquí la única manera de comprenderla. No hace falta decir que esta comprensión no podrá ser perseguida aquí sino dentro de muy angostos límites; para hacer cosa diferente tendríamos que trascender inclusive la misma cuestión española y proceder a un parsimonioso análisis de las dos formas de vida que son, a mi entender, fundamentales: el vivir según la conciencia y el vivir según el alma o, dicho de otra manera, el vivir según la duración y el vivir según la eternidad. He atacado las primeras dificultades de este análisis en un pequeño libro donde se trata de España y de su relación con Europa; a él remito a quien sienta gusto por esos vertiginosos problemas. El terreno que pisamos ahora es más vacilante y, a la vez, menos inseguro. Salvando todo lo que debe ser salvado, y no es poco, el problema de España se parece un poco al problema esencial del cristianismo. Este último, que tiene su reino fuera de este mundo, tiene que vivir, empero, en este mundo y aun significa una decidida afirmación del tiempo y de la historia. De manera análoga, España, que puede definirse como una entidad eterna y celestial, situada más allá de toda contingencia, tiene que vivir en la historia y en el tiempo, y aun es ésta la única dimensión por la cual nos

es comúnmente accesible. Resolver las dificultades que plantea esta al parecer inevitable desavenencia entre su vivir temporal y su vivir eterno, las contradicciones que implica su constante evasión de la historia y su ineluctable necesidad de vivir en ella, es lo que, en última instancia, nos proponemos hacer aquí.

No vamos a cobijarnos, de consiguiente, en el cómodo procedimiento de unir el haz de ramas dispersas en una raíz que creo eminentemente existente, pero que no puede proporcionarnos la solución para estos inquietantes problemas. La última raíz española es acaso la raíz del alma, pero el alma sólo está en su ambiente cuando se halla fuera de la historia; aquí tenemos, en cambio, que habérmolas con la historia y con la conciencia españolas. Como todo esto va pareciendo un tanto nebuloso, permítaseme emplear términos menos precisos, pero más accesibles: lo que intentamos hacer aquí, al tratar de las cuestiones españolas, es no recrearnos demasiado en la esencia de España en detrimento de sus temas concretos. Lo cual no quiere decir ni mucho menos que esta esencia no haya de estarnos continuamente presente. Modificando convenientemente una frase que Nietzsche escribe sobre los alemanes, podríamos señalar que lo que caracteriza a los españoles es el hecho de que en ellos la pregunta, “¿qué es lo español?” no cae nunca en desuso. A través de los temas concretos y más inmediatos, la esencia de lo español permanecerá siempre incólume, e inclusive podría decir que no me sería posible enunciar nada con sentido acerca de ellos sin que esa esencia estelar o abismal —llámesela como se quiera— no guiara la más humilde investigación.

Cuando hablamos de una escisión española no nos referimos, por lo tanto, a una forma permanente del vivir español que pueda tener una justificación extrahistórica, que pueda ser una de las maneras de manifestarse esa raíz tan contigua y a la vez tan lejana: nos referimos a un hecho actual, inmediato, a un hecho, además, que en vez de otorgar, como algunas veces ciertamente ocurre, vitalidad a una nación o a un Estado, puede llevarlos en carrera hacia la disolución y la muerte. En este sentido digo que el desgarramiento interno español difiere del

homólogo europeo. En este último no se ha llegado jamás a una tan estridente violencia, sin que ello prejuzgue que no pueda alcanzarse. Cuando en Europa ha acontecido tal escisión, ha sido justamente porque el país estaba en trance de formar un Estado nacional, y la conmoción revolucionaria no tenía, en el fondo, otro objetivo. España ha sido, en cambio, el primer Estado nacional de Europa y, al propio tiempo, aquel que nunca lo ha sido totalmente. Su desesperante desequilibrio se debe en gran parte a esta tendencia prematura que le hace mostrar caminos para luego abandonarlos. En ello se evidencia la gran debilidad de España, radical hasta en la timidez.

Lo que hemos comenzado por llamar desgarramiento será mejor llamarlo desequilibrio. Sólo entonces podremos descubrir que este desequilibrio no es producto de los últimos años o inclusive de los últimos siglos, sino flor de raíz más oculta. Para que esta cuestión no nos conduzca demasiado lejos, ciñámonos al más urgente de estos desequilibrios, el que se manifiesta en la violencia hostil de dos Españas en incurable inquina. Al contemplarla, advertimos que su relación mutua no se parece ni mucho ni poco a la relación que puedan mantener entre sí estos dos eternos grupos en cualquier país de Europa. Aun suponiendo que allí no cesan tampoco de combatir —y tal vez sea esto necesario—, el caso es que no se ve como en nuestro caso un tan decidido empeño de destruir lo que el contrario construye. Dentro de su violencia, a veces máxima, los dos grupos en que se concreta la escisión europea llegan con frecuencia a una cierta situación que podríamos calificar de balanceo, no sólo porque ambos actúan dentro del marco de un Estado cuyos fundamentos reconocen, sino también y sobre todo porque ambos reconocen la justificación de su común historia. El español, empero, quiere que todo lo pasado sea revisado, que todo lo transcurrido sea destruído. No desconocemos que en ello radica una de las posibilidades de que España llegue a ser moralmente grande, la posibilidad de que un día llegue a un acuerdo sobre cuál es lo mejor de su historia y, consiguientemente, sobre aquello que debe ser aceptado con respeto y hasta con unción. Mas por el momento este recono-

cimiento de lo histórico es prácticamente nulo: derechas e izquierdas —para seguir empleando estos términos equívocos— no reconocen de la historia más que lo que ellas han forjado o, mejor dicho, lo que ellas han destruído. Volviendo al ejemplo de Paul Hazard, mientras en Francia se puede pasar de pensar como Bossuet a pensar como Voltaire, sin que el primero quede eliminado, en España no parecen factibles tan arriesgados brincos. La historia de España es, por lo pronto, para el español aquello que debe ser a toda costa purificado con el fin de edificar sobre sus ruinas una historia distinta para cada uno de sus soñadores. La historia no es así ya el marco de la concordia, sino el gran motivo de la discordia; no es lo que ha pasado de hecho, sino lo que hubiera podido no transcurrir de derecho: el español es aquel que imagina siempre que su historia hubiese podido suceder al revés.

III

*INDIFERENCIA MUTUA — EN BUSCA DE UNA SOLUCION —
LA TERCERA ESPAÑA — PROBLEMA Y ANGUSTIA
— UNA FRASE DE ORTEGA*

Sea cual fuere la opinión particular de cualquiera de los españoles, una cosa deben forzosamente reconocer todos: que ninguna nación puede subsistir perpetuamente desgarrada. Prueba de esto —la máxima prueba— es que, aun a través de la más violenta disensión, ha habido siempre ciertas vigencias comunes, naturalmente inadvertidas, entre españoles. No es casual que, como luego puntualizaremos, sean precisamente estas vigencias las que conviene destacar para que en el futuro se forje lo que ahora parece imposible: la nacionalización de España. Una situación como la presente, en la que todo —inclusive la propia historia— es motivo de litigio, no puede ser sino transitoria. Si no lo fuera, España como nación y España como Estado —bien que no España como forma de vida— podrían presentar su dimisión. Porque lo que ocurre en estos momentos es algo todavía mucho más grave que la mera discrepancia, la simple disputa, la cruenta guerra. Como Unamuno diría, la guerra es una manera de abrazarse peleando, y aunque tal procedimiento no deba ser jamás justificado, lo cierto es que acaso en el fondo sea menos pavoroso que la completa indiferencia. Ahora bien, es la indiferencia y no la disputa la que ha sido arrojada por el destino, como una espada, contra los españoles. Unos españoles sienten, en efecto, absoluta indiferencia por lo que les ocurre a otros: los que han vencido, por los derrotados; los vencidos, por los que han alcanzado la victoria. Para que esto no sea interpretado, como me temo que lo

sea, de modo equívoco, permítaseme agregar lo siguiente. Esta división por la indiferencia es mucho más que una división política: es una división moral con toda la incomparable gravedad que esto encierra. Los españoles se han hecho mutuamente insolidarios, no sólo porque están disconformes con la actuación del grupo opuesto —esto es natural y aun legítimo—, sino porque no les importa el destino que pueda caber a media España. Lo que pasa por la mente y el corazón de buen número de españoles tiene sin cuidado a buen número de otros. No me refiero a los españoles que tienen “ideas” políticas; me refiero más bien a los que no las tienen, a los que, sin estar adscritos a partidos o a corrientes, forman parte, sin embargo, por motivos muy diversos, de cualquiera de las dos Españas que en el artículo anterior bosquejé sumariamente. Nada de extraño, pues, que comenzara la descripción de estas cuestiones indicando que lo que hay en España es un abismo moral.

Cuando se hable de reconciliación entre españoles, endiéndose, pues, algo muy distinto del acuerdo posible entre caudillos políticos o del convenio —cuyos matices me escapan— entre cualesquiera organizaciones. Caudillos y organizaciones son asunto de poca monta si se compara con la inmensa gravedad de una escisión como la señalada. Ignoro si los abrazos de Vergara son una bendición o una calamidad; digo sólo que ningún abrazo de Vergara podrá tener sentido a menos que se funde en una previa y más honda reconciliación española que, en vez de seguir discutiendo interminablemente acerca de si un hecho de la historia pasada responde o no a como se quiere forjar la historia en el momento presente, exalte todo lo que en la historia española —“derechista” o “izquierdista”— tenga un signo positivo. Con ello insinúo que España puede hacer algo muy diferente de lo que se suele hacer en otros países: mientras éstos han aprendido alevosamente a exaltar la historia propia por el mero hecho de ser propia, el español —que preferirá siempre la moral a la historia— puede aprender a conciliar, en la medida en que puedan ser conciliables, estas dos rea-

lidades tan dispares: la historia y la justicia. Una hazaña así bien merece la pena de ser soñada.

La voluntad de integrar en una unidad la bronca insolidaridad de los españoles ha sido ya ensayada repetidas veces con varia fortuna: es la tercera España. Aun cuando los acontecimientos de los últimos años, al popularizarla, parezcan haberle dado vida por vez primera, la fórmula no es reciente. En rigor, la ha habido en todos aquellos momentos en que algún hombre de buena voluntad se ha propuesto buscar una solución ajena a la violencia y a la frecuente estupidez de las banderías. Esta solución no recibe, desde luego, grandes beneplácitos. El hombre adscrito con sinceridad al ideal de una tercera España comienza por tener en contra suya a los dos o más bandos que se disputan el privilegio de causar el mayor número posible de destrozos en el menor espacio posible de tiempo. En estas condiciones, su palabra—lo único que suele poseer— resulta algo peor que contraproducente: no es escuchada. No tiene ni siquiera el consuelo de ser motivo efectivo de unión en su contra de los que tan encarnizadamente disputan o tan desdeñosamente se contemplan. No se le tiene en cuenta ni siquiera para eso. Por cierto que una tan grosera desatención para esos escasos hombres de buena voluntad y muchas veces de aguda perspicacia no se debe exclusivamente a la terquedad de las banderías. Afirmarlo equivaldría a sostener que hay que excluir a estos bandos de España, es decir, en última instancia, que hay que vaciar a España de los españoles. Es lo que acaba por susurrar el partidario de la tercera España cuando, ya desesperado, llega a la conclusión de que es absolutamente imposible dar con una solución concreta del espinoso problema. Presumo que algo parecido pasaría a veces por la mente del hombre que es, a mi entender, representación máxima y casi venerable de una magnífica tercera España: Jovellanos. Pero Jovellanos no podía recrearse en este pensamiento, porque él quería justamente que el ideal de una tercera España no significara exclusión, sino despeje de la incógnita buscada: la integración de los españoles. Porque —poniendo aparte la egoísta, que ni siquiera debe mencionarse— hay también,

para complicar las cosas, dos terceras Españas: una tercera España que, a pesar de su buena voluntad, resulta irremediabilmente falsa, y una tercera España que es la auténtica, acaso la única que podrá permitir esa reconciliación entre españoles, sin la cual ni Estado ni nación ni permanencia histórica son posibles. Veámoslo con alguna atención.

La razón de ser de una tercera España es la repugnancia ante el salvaje encarnizamiento con que las Españas múltiples y, por lo general, las dos Españas combaten entre sí. El hombre que sigue el ideal de la tercera España piensa ante todo que “las cosas no pueden continuar por este camino”. No se trata, pues, de un mero disgusto; no se trata de ningún esteticismo. Si sólo fuera esto, nuestro ideal sujeto no tendría ni siquiera derecho a pensar sobre el destino de España. Se trata de algo más profundo: de la comprensión de que si este desgarramiento no cesa, España misma puede terminar miserablemente sus días. Planteado el problema, la solución parece fácil: hay que acabar con este desgarramiento, hay que reconciliar de algún modo a los españoles. Surge entonces la razón, la teoría, el programa. Pero —he aquí lo lamentable— la razón surgida carece de autenticidad y de fuerza. A menos que pertenezca a la auténtica tercera España —tan reducida y tan maravillosa—, el español ausente de la lucha acaba por contemplarla con ojos un tanto indiferentes. La lucha acaba por convertirse, no ya en angustia, sino meramente en problema. Así, la “falsa tercera España” termina por contemplar las peleas y su repugnante salvajismo como si no ocurrieran entre españoles y en España misma, sino en un platónico “topos ouranos”. Si su palabra, aun certera, no es escuchada, ello se debe, pues, ante todo, a que se ha colocado en la mejor situación para no ser ni siquiera oída. Entenderá muy mal todo esto quien crea que este situarse dentro o fuera de la lucha equivale a situarse dentro o fuera del marco de partidos o de organizaciones. Llevando la fórmula al extremo diré que aun el hombre colocado fuera de toda agitación y de toda pelea puede pertenecer a la tercera España auténtica; basta para ello que el desgarramiento no sea para él

un simple problema intelectual, que sea efectiva preocupación y no actividad contemplativa.¹

Pues, claro está, si la lucha es cruenta y aun salvaje y repugnante, no es por esto menos existente; si la indiferencia es glacial, no es por esto menos positiva. Quien pretenda de veras buscarle una solución al problema deberá mezclarse de alguna manera con ellas, es decir, deberá tener en cuenta que todas esas tremendas escisiones ocurren usualmente en España y entre españoles. En otras palabras: buscar la solución del problema de las dos Españas en una tercera España que acabe por no tener en cuenta ninguna de las dos, es el mejor método para dar un solo paso adelante. No sólo porque las banderías seguirán siendo banderías, mas también y especialmente porque esa tercera España —en principio tan justa— seguirá siendo una tercera España, es decir, una bandería más yuxtapuesta a las existentes. No se despeja una incógnita colocando otra a su lado. La lucha entre las Españas desgarradas no se efectúa en un “lugar celeste”; se efectúa en este mundo, con todas las impurezas y las repugnancias inherentes a una lucha de esta índole. Lo que hay que hacer, pues, es huir de una razón racional que hace del conflicto un mero problema y buscar una razón vital que encuentre una solución efectiva. La expresión “razón vital” es uno de los muchos felices hallazgos de Ortega. Y es Ortega el que ha escrito, en ocasión muy solemne, estas palabras: “Las formas del aristocratismo ‘aparte’ han sido siempre estériles en esta península. Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela”. No se puede decir más.

¹ Aunque en el texto consta esto del modo más formal y sin el menor equívoco, acaso no sea totalmente inútil subrayar que la “tercera España” aquí aludida no tiene nada que ver con la que así ha sido llamada en los últimos tiempos. No sólo esto: en cierta manera es *lo rigurosamente inverso de ella*. En qué sentido lo sea se verá sobre todo en las páginas siguientes, donde la condición personal del que esto escribe —su destierro después de la guerra a que dió lugar la rebelión fascista de 1936— queda clara, y aun orgullosamente señalada. Así, sería totalmente erróneo suponer que se trata de conciliar lo inconciliable —por ejemplo, el franquismo y el antifranquismo. La conciliación —más necesaria que nunca— es una condición de los españoles de buena fe y no excluye, sino que implica, la debida justicia. Lo que no puede admitirse es que ésta sea simplemente la justicia de un grupo o de un partido y no la de una España que sea de veras, como Manuel Azaña dijo un día, “una herencia histórica corregida por la razón”.

IV

EL DESDEÑOSO Y EL ENERGUMENO — MODERACION Y DOBLE FRENESI — “DERECHAS E IZQUIERDAS” — OTRA VEZ LA HISTORIA — VITALIDAD Y DESPRENDIMIENTO

Quede, pues, bien entendido que la solución de la más grave cuestión española no puede confiarse, sin asomos de catástrofe, a ninguno de estos dos grupos: a los desdeñosos y a los energúmenos. Pero quede también bien entendido que una auténtica solución del tantas veces mencionado desgarramiento español no podrá tampoco prescindir de ellos. En el fondo, el desdeñoso y el energúmeno representan el ejemplo más cabal de los dos términos que se trata precisamente de unir a fin de que lo que fué nuda razón y vitalidad salvaje se convierta en esa problemática, mas altamente deseable “razón vital” que la auténtica tercera España, deseosa de mezclarse entre las dos, puede adoptar como su lema inmovible. Si España consiguiera hacer esto, lograría al mismo tiempo colocarse a la cabeza de Europa, siempre que esto último no signifique lo que habitualmente significa: un dominio militar e inevitablemente precario de los países europeos, sino algo mucho más sutil y a la vez más efectivo: la transformación de una nación europea en *modelo*. Pues la integración de la razón con la vitalidad se halla justamente “en la dirección del futuro” y es como el punto donde van a confluir, a veces sin saberlo, las más diversas líneas. No por azar decía en un artículo anterior que el desgarramiento en cuestión no es específicamente español, pero que se ha hecho ejemplar en España. España puede ser ejemplo y modelo —mejor aún: viene siendo modelo para Europa aun cuando ésta simule desconocerlo. En un ins-

tante en que los europeos hablan de la guerra civil en Europa como una de las maneras de solucionar alguno de los muchos problemas que gravitan sobre ese apesadumbrado continente, convendría que fijaran su vista en la historia española de los últimos quince años. Entonces verían que las enseñanzas que se desprenden de esta historia son a la vez la más clara expresión del problema —y un problema que se ha hecho claro es ya casi una solución.

Como los desdeñosos y los energúmenos suelen prestar escasa atención a todo lo que no sea cosecha propia, considerarán, sin duda, todo esto —en el caso más favorable— como una inocua sutileza. Y, sin embargo, en sutilezas de este calibre suele esconderse el porvenir de una nación y aun el de todo un continente. Digámoslo de una vez: la aparentemente inofensiva integración de la razón con la vitalidad es el único sólido puente que puede tenderse sobre nuestro abismo. Acaso se me permita una última consideración de índole “metafísica”: la marcha política de las naciones puede seguir dos leyes que se parecen mucho a las que Bergson ha calificado de ley de dicotomía y ley del doble frenesí. La primera es “la que parece provocar, por su disociación, tendencias que no son, en el fondo, sino diferentes puntos de vista sobre una sola tendencia simple”. Traducida a términos políticos, esta ley es la ley de la moderación. La segunda es “la que expresa la exigencia de que cada una de las dos tendencias contrapuestas sea perseguida hasta el fin”. En términos políticos, es la ley de la revolución y de la reacción. Atenerse a la última puede resultar peligroso, pero es a veces históricamente necesario; sólo la persecución de cada una de las dos actitudes hasta su punto muerto nos podrá proporcionar, en efecto, aquella experiencia inherente a la condición humana: la experiencia del fracaso. Pero atenerse a ella de modo exclusivo y maniático, puede conducir sin transición de la fecunda experiencia al cataclismo. Ahora bien, España es aquel país de Europa que ha hecho en los últimos tiempos la experiencia de todas las revoluciones y de todas las reacciones. En otra nación más atenta a la historia y más preocupada por las esencias que la historia rezuma tales experiencias

habrían dado lugar por lo menos a múltiples ensayos para aprovecharlas. En España no ha ocurrido así: he aquí el gran riesgo. Pero he aquí también la posibilidad de una solución verdaderamente grande; precisamente porque ha seguido la ley del doble frenesí podría España cumplir fielmente ahora esa ley de la moderación que constituye, tras las revoluciones y las reacciones, la posible salvación de Europa. Una moderación que no consistirá ya, desde luego, en agachar medrosamente la cabeza ante cualquier situación pavorosa, sino precisamente en mirarla cara a cara, con un realismo infinitamente más realista que los que torpemente han sido así llamados. Para terminar este ya largo párrafo, consignemos la fórmula: la moderación que predicamos para España es la misma moderación que predicamos para Europa; no la temerosa exclusión de lo uno y de lo otro, sino la integración de lo uno con lo otro. Cuando decía que España puede ser modelo para Europa me refería a que, por haber hecho la necesaria experiencia del doble frenesí, puede hacer ahora la experiencia de una moderación jamás vista.

Esta moderación de nuevo cuño habrá de potenciar, pues, todo aquello que, sea cual fuere su procedencia, tenga, como se ha apuntado anteriormente, un signo positivo. En España hay, como en todo el mundo, “derechas” e “izquierdas”. Como en todo el mundo, las “derechas” suelen ser perspicaces y mezquinas; como en todo el mundo, las “izquierdas” suelen ser generosas y torpes. Lo que se trata de hacer no es tanto la peligrosa y, a la larga, imposible operación de extirpar, según los casos, a esas derechas o a esas izquierdas, sino la de aprovechar en lo posible las virtudes de ambas y, de consiguiente, excluir sus vicios. Se trata, en otros términos —y para no referirme por ahora, sino a este aspecto limitado de la cuestión—, de hacer una política que sea a la vez perspicaz y generosa y, por lo tanto, de evitar toda política que junte en un solo haz “lo peor de cada casa”: la pequeñez y la torpeza. Pero esto no es suficiente: esa integración, cuyo órgano examinaremos más adelante, habrá de recoger de la historia y no sólo del presente toda virtud efectiva. Debido a su torpeza, las “izquierdas” es-

pañolas han tendido, no se sabe bien a través de qué misteriosos razonamientos, a despreciar una historia que inmediatamente han solido aprovechar las mezquinas “derechas”. Poco a poco la historia de España —cabalmente una historia que han hecho más que nadie los inominados y los humildes— se ha convertido en patrimonio de unos grupos que han anatematizado en nombre de ella a todo el que ha pretendido mínimamente rectificarla. La fabulosa leyenda de la anti-España ha surgido así no sólo a causa de esa escasa largueza de unos grupos que han confundido lo que era esfuerzo enorme y angustioso de todo un pueblo con el disfrute de míseras prebendas, sino también a causa de la increíble estupidez de unos grupos contrarios, que se han dedicado a denigrar sistemáticamente todo lo que constituía su propio, a ratos ciertamente lamentable, pero con frecuencia magnífico patrimonio. De no temer que se me acuse de convertir un análisis de las más quemantes cuestiones españolas en una ardua meditación sobre la esencia metafísica de España —lo que no sería tan inútil como se pretende— me extendería un poco sobre la raíz secreta de que brotan ramas al parecer tan dispares. Limitémonos a enunciarla: el motivo de estas contrapuestas actitudes ante la propia historia se debe a que, en última instancia, lo histórico es para unos y otros simple manifestación superficial de una realidad más entrañable, de un alma que permanece inalterable a través del tumulto de su conciencia. El español desprecia la historia o la estima —lo que viene a ser lo mismo— como algo que debe perdurar indefinidamente, porque para él la historia es inferior a la justicia, a su justicia.² Por eso las “derechas” se apoderan de una historia que sólo parcialmente les pertenece y que, desde luego, desfiguran en tanto que las “izquierdas” menosprecian un pasado que parcialmente les pertenece también y que, naturalmente, rectifican. Una vez más encontramos aquí el característico menosprecio español de una realidad que justamente cuando no es asimilada reaparece tenazmente, como una interminable pesadilla. El frecuente horror del

² Sobre esto, mi *España y Europa* (Cruz del Sur, 1942), especialmente páginas 26 a 42.

español ante la historia común puede conducirle, sin duda, a esa enorme integración de la historia con la justicia que constituye acaso una de las más nobles utopías humanas, a esa libertad ante el futuro sin la cual todo pueblo acaba prendido en las cadenas de su propio ensimismamiento. Pero puede conducirle también a la continua angustia de una historia que “no llega jamás a su término”, de una historia que, al quedar siempre medio hecha, corre el peligro de ahogar toda voluntad de renovación.

Si una reconciliación entre españoles no se hace sobre esta base, no entiendo cómo puede ser hecha. Porque todo lo demás —aun siendo muy importante— es mera periferia y ruidosa salva. Todos los problemas fundamentales de España pueden reducirse, cuando menos metódicamente, a esa integración, única que permitirá realizar una política auténticamente “moderada”. Porque el caso es, además, que las virtudes de que estoy hablando se hallan siempre, aun en los peores momentos, a flor de tierra. Para no ir más lejos y referirme a la más patente y tal vez a la más española de todas ellas, consideremos un poco lo que ocurría en el mismo instante en que en plena última guerra civil los españoles estaban empeñados en seguir puntualmente esa ley de doble frenesí que parece ser hecha para que su exactitud sea demostrada en España. En el mismo momento en que en cada una de las dos Españas se acentuaban las divergencias, a veces abismales, con la contraria, se acentuaba asimismo en las dos lo que el desdeñoso ni siquiera se digna mirar: una vitalidad que es a ratos salvaje, pero que con mayor frecuencia todavía es espléndida. No sólo esto: al lado de la vitalidad se estaba desarrollando lo que ya existía entre los españoles, pero que sólo la guerra parecía poner claramente de manifiesto: un desinterés casi absoluto por los bienes propios, un afán inaudito de salvar, cada uno por su lado, lo que las demás naciones se empeñaban desde luego en defender . . . en los campos de batalla de España. Ello hasta tal punto que el increíble desprendimiento de los españoles, llegado al paroxismo, parecía aproximarse cada vez menos a la generosidad y cada vez más a la pura tontería. Los españoles estaban haciendo

en su propio territorio, con afición singular, una guerra que ardía por los cuatro costados de Europa; los españoles llevaban a esa generosidad, además, una vitalidad sin medida, tan desbordante que casi rozaba los límites de lo demoníaco. Lo que en modo alguno significa que los caudillos de tantas épicas gestas hayan de formar parte, por ejemplo, de cualquier ministerio más o menos unificado. La demostración de coraje no es todavía la justificación de una política. Tal reconocimiento implica sólo, por lo pronto, la franca admisión por todos los españoles de lo que poseen en común y, por lo tanto, la posibilidad de edificar sobre esa comunidad de virtudes una nación que ni en el mal ni en el bien tiene par en Europa.

V

RECONCILIACION HUMANA Y RECONCILIACION POLITICA — LA IRRITACION INNECESARIA — VIEJA Y NUEVA ARISTO- CRACIA — EL PROBLEMA DE LA UNIDAD MORAL

Aunque me he permitido señalarlo en diversas ocasiones, no estará de más coronarlo con una mención última: para funcionar debidamente un Estado necesita cierta mínima concordia entre sus súbditos. Pero la palabra “concordia”, lo mismo que el vocablo “reconciliación”, ofrecen a cada paso peligrosas celadas. Así, por ejemplo, cuando se habla de la futura necesaria e indispensable concordia y reconciliación de los españoles. ¿Cómo cabe entenderlas? ¿Es una simple concordia basada en el acuerdo o es algo más que un simple coincidir en ciertos puntos usualmente sometidos a debate? La respuesta que mejor me parece responder a la realidad de esta espinosa cuestión tiene, por lo pronto, un perfil tajante: la reconciliación que los españoles necesitan para que su Estado funcione con cierta eficacia y su historia no sea una serie de tropiezos continuos, es una reconciliación situada en un terreno mucho más radical y previo que el del entendimiento político. Mejor aún: en cierto modo sería catastrófico para España que su futuro Estado consistiera *exclusivamente* en un pálido y desteñido acuerdo de diversos grupos políticos. Lo que necesitan los españoles es algo más hondo y a la vez más simple: es poder permanecer juntos, no obstante sus inevitables agrios conflictos, sin deseos de una rápida y cómoda aniquilación del contrario. Cierto es que la invasión de la vida por la política no es un fenómeno particular de España, es un hecho indisolublemente vinculado a una época de crisis. Pero en Es-

paña ha asumido desde hace tiempo un carácter sobremanera áspero. De ahí la urgencia de que los españoles puedan enfrentarse y convivir sin necesidad de preguntarse, para saber si puede continuar su mutuo trato, a qué bando político pertenecen. Esto es tanto más necesario cuanto que España necesita, más aún que otras naciones de Europa, una renovación que atienda a la vez las inconcretas esperanzas de su pueblo y a las inquebrantables realidades españolas. En otros términos, la única política que puede salvar a España de su secular vacilación entre el estremecimiento y el marasmo es una política que en cierta ocasión Ortega y Gasset llamó, con término exactísimo, quirúrgica. Ahora bien, una política de esta índole requiere menos exaltar a unos españoles contra otros que una destreza casi sobrehumana para no causar demasiado dolor en el cuerpo del paciente. La norma que los buenos políticos españoles del futuro, decididos a salvar a España de sus egoístas y de sus frenéticos, tendrían que adoptar, se parece mucho a la máxima atribuida a Guillermo de Occam: no producir más irritaciones que las necesarias.

Pues bien, no hay otro medio para evitar irritaciones que operar de tal suerte que las mismas partes del cuerpo en las que se practiquen las ineludibles amputaciones acaben por reconocer que esto es lo que, en último término, ha de salvarlas. Hay en España algunos grupos que, más por inconsciencia que por verdadero egoísmo, han querido vivir siempre sin demasiados quebraderos de cabeza por la cuestión de su mando sobre la sociedad en que están instalados. En rigor, las viejas aristocracias gobernantes comenzaron a decaer en Europa desde el mismo instante en que olvidaron la condición misma de su posición: el hecho, tan implacable como una ley física, de que nobleza obliga. En España, en particular, las viejas clases gobernantes —cuya contribución a muchas excelentes páginas de historia ha de quedar fuera de toda duda— se acostumbraron a creer que su nobleza no era el resultado de una tensión continua sobre sí mismas, de un esfuerzo incesante y fatigoso para mantenerse en sus puestos seculares, sino algo que les correspondía por el mero hecho de encontrarse ocu-

pando cierto lugar en el mundo. Poco a poco el gran señor se fué convirtiendo en el señorito; el gran capitán, en el inepto estratega; el auténtico príncipe, en el intrigante. Al mismo tiempo, se producía un movimiento inverso: de las capas menos atendidas emergían gentes dotadas de capacidad y de voluntad para ejercerla, hombres que, por su talento, por su habilidad o, más sencillamente, por el amor a su tierra, estaban en condiciones de asumir las funciones del mando. Todo lo cual en manera alguna pretende enunciar que toda clase privilegiada esté forzosamente en decadencia y que toda clase “popular” posea, por este solo hecho, un valor indisputable. En tiempos confusos como los actuales, la confusión llega también a este extremo. No se trata, pues, de dedicarse a destruir unos privilegios para crear otros. Se trata de hacer exactamente lo inverso: de constituir —esto es inevitable— una jerarquía social que no signifique ni privilegio arbitrario ni rígido estancamiento ni menos aún flagrante injusticia. Lo que más urge para poner coto a algunos de los más obvios desmanes que ha producido la actual crisis es hacer cobrar a las gentes conciencia de que el rango social tiene que correr parejas con el sacrificio.

Verdades tan obvias son, empero, inextricables misterios para muchos de los españoles más privilegiados, quienes no lograron aún entender que la extirpación de ciertas llagas seculares y de ciertos inconsistentes privilegios es tanto una cuestión de justicia social como de hábil prudencia. Desde hace aproximadamente ciento cincuenta años —para no decir más— sobrevienen en España periódicos estremecimientos que dejan anegadas en sangre algunas de sus capas privilegiadas. Se me dirá por quienes se empeñan en cerrar los ojos y cargar con el infiel que todo esto se debe a que algunos graves acontecimientos modernos —la revolución francesa, por ejemplo— inyectaron veneno en el saludable cuerpo de una antigua unida España. Aparte el hecho de que todo esto es más metafórico que real y de que una de las más urgentes tareas es evitar en lo sucesivo toda irresponsable literatura acerca del pasado o del destino, la verdad es que si ha acontecido en España una división no ha sido ni mucho menos azarosa.

Hemos dicho ya que las dos Españas —una vagamente progresista y otra no menos vagamente reaccionaria— son, por un lado, el resultado de un largo período de la historia española y, por lo tanto, un hecho broncamente hispánico. Mas, por otro lado, constituyen el reflejo de una situación europea que dura aproximadamente desde que se desvanecieron las vigencias colectivas que actuaron sobre el alma de Europa hasta bien entrada la época moderna. No es nuestro problema lamentarnos o regocijarnos por la desaparición de tales vigencias. Sea cual fuere la opinión particular del que esto escribe y de cuanto pueda escribirse acerca del rompimiento de una efectiva unidad moral europea que perduró más o menos hasta tiempos relativamente cercanos, lo que tenemos ante nosotros es un hecho y como tal hay que aceptarlo y, si es posible, solucionarlo. El propio Comte, que fué, más de lo que él mismo insinúa, un exaltador de la unidad medieval europea y un infatigable buscador de una nueva unidad moral, reconocía repetidamente que la gran crisis que se abre en la época moderna es una crisis efectiva y, a más de esto, necesaria. Porque, en efecto, cuando algo magno acontece en la historia, suele acontecer porque tiene raíces profundas y no por puro capricho. Desde el Renacimiento no existe unidad moral europea; desde hace menos tiempo no existe —por lo menos no se revela en la superficie— una comunidad de vigencias españolas a las que quepa recurrir en última instancia. Algo muy trascendental ha acontecido, pues, y quien quiera de veras averiguar lo que acaeció, lo único que no puede hacer es lamentar elegíacamente una edad perdida que, por lo demás, no sabemos si fué precisamente paradisíaca.

Cuando nos proponemos solucionar el problema de las dos Españas avanzando más allá de él y de sus peligrosas celadas, vamos así en camino de solución de ese problema no menos agudo de las dos Europas. Sólo por esto me he permitido decir que España pudiera ser en algún momento un modelo para Europa. Mas al hablar de modelo me parece conveniente advertir algo: no es simplemente modélico el que se limita a insistir en sus propias e incomprobadas virtudes. Con-

viene subrayarlo tanto más cuanto que se ha ido haciendo en España costumbre señalarse a sí misma como conservadora de algunas magníficas virtudes del Occidente. Como es cierto que *una* de las salvaciones de Europa consiste en volver a alimentarse de sus propias raíces, la indicación de que debemos regresar en cierto modo a ella constituye una verdad evidente. Pero con ello no se ha dicho nada acerca de cómo España podría ser un modelo efectivo para el europeo. En primer lugar, se puede preguntar si semejante pretensión responde siempre a la realidad pretendida. En segundo término, y sobre todo, se puede señalar que, aun consistiendo la salvación de Europa en buena parte en remontarse a sus orígenes y efectuar uno de sus periódicos renacimiento, tal renacer no significa pura y simplemente un repetirse. Si el renacimiento fuera tan sólo una repetición, jamás podríamos comprender cómo Europa ha podido vivir continuamente insatisfecha de sí misma y ha podido, en virtud de tal insatisfacción, crear de manera casi vertiginosa todo lo que ha producido: ideas, sentimientos, instituciones. Si Europa los ha creado o, mejor aún, si Europa ha sido fundamentalmente un ímpetu de creación perpetua, una infatigable sucesión de nuevas formas sin jamás desprenderse de las últimas raíces que la sustentaban, parecerá poco discreto recomendar al europeo volver únicamente a sus raíces y permanecer allí inmutable y estático. Porque señalar que hay raíces y de cuáles se trata es mucho, pero no es todo. Europa necesita, además, y sobre todo, que se le indique cuál es la nueva savia que de semejantes raíces puede extraerse. Resulta así poco adecuado limitarse a repetir con insufrible monotonía que España ha conservado, por ejemplo, incólumes las virtudes de la latinidad, las fuerzas de la europeidad, las esencias del Occidente. Aunque tal cosa fuese cierta, poco podría deducirse de ella. El español y el europeo y, en general, todo habitante de ese Occidente al cual se ha incorporado ya definitivamente América, necesitan algo más: necesitan efectivamente renovarse y no simplemente restaurarse. Se me dirá que esto es peligroso, que si la restauración puede tener lugar en

el plácido ambiente de una convalecencia, la renovación requiere el áspero clima de la intemperie. Nada más cierto. Pero hasta ahora ha sido siempre en campo abierto donde ha tenido lugar esta forma de creación.

VI

RENOVACION Y RESCATE — JUSTICIA Y MISERICORDIA — EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO

La distinción entre una política renovadora y una política simplemente restauradora o, como algunos prefieren decir, rescatadora, muestra ya que la tan necesaria reconciliación no es incompatible con una navegación osada por los mares del futuro. Menos todavía deberá entenderse que reconciliar signifique perdonar a quien confundió la acción política con la sumaria exterminación física del contrario. Defender la reconciliación de los españoles no quiere decir abogar por la impunidad de los asesinos. Si la justicia puede existir sin la misericordia, parece muy improbable que ésta tenga sentido sin aquélla. Ahora bien, hay un número infinitamente menor de asesinos de lo que supone cada uno de los bandos en lucha y, sobre todo, de lo que imagina o ha llegado por sugestión a imaginarse el bando que asume actualmente el poder en España. Cuando se oye declarar por personas de aspecto grave que poco menos todos los expatriados a consecuencia de la última guerra son delincuentes comunes, no se puede por menos que sentirse aterrado por la alegre despreocupación con que se cree dar cuenta de los fenómenos más complejos. Y claro está que ahora no se condena esto por la condición del que escribe. Aquí no se defiende nada personal, por justificado que sea, sino que se pretende tan sólo introducir un poco de responsabilidad en la inconcebible ligereza que se ha apoderado desde hace algún tiempo de muchas cabezas españolas. Quede, pues, bien entendido que una futura política española que aspirara de veras a una efectiva reconciliación y no me-

ramente a una circunstancial coalición de partidos, tendría que ofrecer estas dos caras, mucho menos incompatibles entre sí de lo que parece a primera vista: por un lado, una estricta justicia; por otro, una ancha misericordia. Ello es tanto más fácil cuanto que, según puede comprobarse fácilmente, los grupos de verdaderos delincuentes suelen ser los mismos en todos los bandos. Los extremistas de la acción —si se me permite emplear este eufemismo— se parecen mucho a los extremistas de la idea: pasan con la mayor facilidad de uno al otro extremo. Cualquiera que sea quien asuma el poder en España, se verá obligado, siempre que su política sea expresión de un anhelo nacional, a acordar estas realidades que, conviene repetirlo, poseen, más acá de su incompatible perfil, una común entraña: la justicia y la misericordia; la orientación hacia el futuro y el respeto al pasado o, como preferiría decir, forzando un poco los términos, la tradición y la cirugía. Sólo entonces será posible la coexistencia de la renovación y del rescate, porque sólo entonces se habrá conseguido lo que, según luego veremos, constituye una de las esperanzas del futuro europeo: la reconciliación de la historia con la moral.

Frente a estas graves cuestiones resulta un poco bizantino discutir sobre quién deberá asumir el poder en España —siempre, claro está, que se pretenda que España salga de su callejón sin salida. Habrá, desde luego, que excluir, si no de la comunidad nacional —como viene siendo hasta ahora costumbre—, sí por lo menos del mando, a quienes, en lugar de arrepentirse de los desmanes cometidos en su nombre, insistan en justificarlos y aun en elevarlos a categoría histórica. No creo que se pueda atribuir a mi posición personal, al hecho de encontrarme, como tantos otros, fuera del país a consecuencia de una guerra que fué a ratos insensatez y a ratos epopeya, lo que voy a enunciar ahora. Pero creo absolutamente necesario hacerlo constar para que no quepan dudas en cuestión tan batallona. En la última contienda española ha habido, como es notorio, vencedores y vencidos. Pues bien, mientras los primeros —exceptuando algunos que, *por esta misma razón*, ya no han podido ejercer ningún peso en el Estado— se han

lanzado a una fantástica y vergonzosa justificación de todo lo acontecido, buena parte de los segundos han manifestado repetidamente, sin necesidad de abdicar de sus convicciones, que los desmanes cometidos en territorio de la República merecían sincero arrepentimiento y severo castigo. Lo han repetido tanto, que aun los propios simpatizantes extranjeros han llegado a preguntarse si no fué sólo en su territorio que se cometieron desmanes. No ignoro que, contrariamente a lo que suele imaginarse, el que vence en el mundo vence también en la historia. Pero si la victoria parece otorgar ciertos derechos, por lo menos temporales, tales derechos quedan anulados desde el instante en que el vencedor no ha sabido hacer otra cosa que vencer y, como ya declaró anticipadamente Unamuno, un tal vencer no había convencido. Porque a la República podrá reprochársele lo que se quiera, excepto que, deshecha por toda suerte de extremismos, aspiraba cada vez con mayor energía a sobreponerse a ellos e iba en camino de lograr aquello mismo contra lo cual se le había declarado la guerra: una política nacional sin segundas intenciones. Uno de los más flacos servicios que las perezosas nomenclaturas de los tiempos actuales han hecho a la verdad es el haberse servido de los términos menos adecuados para reflejarla: el haber llamado a los unos “nacionales” y a los otros “rojos”. Porque en ninguna otra ocasión como ésta hubo tantos nacionales entre los “rojos” y tantos rojos entre los “nacionales”. Lo cual no quiere en modo alguno decir —quiero que este punto quede bien claro— que todos los “rojos” fuesen nacionales y todos los “nacionales” rojos; tamaña afirmación no sería menos estúpida que la contraria. Precisamente lo más deseable para la España futura es que se compendie todo lo que haya de verdaderamente nacional en unos y en otros. De nacional y no de nacionalista, que son, como frecuentemente se ha dicho, términos opuestos. Pues lo nacional no es la mera elevación a categoría histórica de unas cuantas supuestas virtudes domésticas ni menos un inoperante encerrarse en fronteras que ni siquiera se sabe si son verdaderamente propias ni un eterno protestar contra todo espectral atentado a una soberanía. Lo nacional no es ni insolidaridad ni humilla-

ción, en tanto que lo nacionalista, que con frecuencia se presenta como una oposición a lo ajeno, es muchas veces una total sumisión a cualquier ajena ingerencia. Digo esto para que de una vez para todas no se entienda la “política nacional” en que tanto se insiste sin practicarla sino como un magno ensayo de colaboración sin servidumbre.

Lo que verdaderamente importa en la futura política de España no es, pues, repito, quién concretamente debe mandar, sino lo que habrá de hacer quien, poseyendo la mínima pureza exigible, esté dispuesto a ejercer el mando. Esto es tanto más cierto cuanto que se ha hecho evidente el agotamiento de casi todas las personas que de modo eminente han practicado esta operación en España. No quiero insinuar con ello que les falte a algunas buena voluntad. Pero en el estado actual de las cosas la buena voluntad y el buen deseo son meras condiciones, bases indispensables y no todavía cumplidos requisitos. Si se piensa, por otro lado, que desde los últimos acontecimientos decisivos de la historia española ha emergido nada menos que toda una generación, se comprenderá que difícilmente puedan ser los “hombres viejos” quienes sean capaces de tomar en sus manos riendas cuyos tirones ya no les resultan ininteligibles. No quisiera hacer aquí la habitual inconcreta literatura acerca de la necesidad de eliminar a los “viejos” para dejar paso libre a los “nuevos”. En las cuestiones aquí debatidas, la vejez no suele ser rigurosamente concordante con la edad, aunque de hecho muchas veces coincidan. La necesidad de que haya en España hombres nuevos no es sólo, en efecto, consecuencia de la necesidad de renovación: es resultado del apremio cada vez mayor de que intervengan quienes están, por así decirlo, menos mancillados, quienes, tras demostrar su juventud, demuestran acto seguido que ésta no es pura y simplemente un irresponsable “estar dispuesto a todo”. Lo mismo que Europa, y exactamente por las mismas razones, España necesita una juventud en la que la lucidez no esté reñida con la pasión.

VII

LA CUESTION DEL MANDO Y LA EMIGRACION ESPAÑOLA — SE INICIA LA CUESTION INTERNACIONAL — UNA POLITICA DISGREGADORA

Convendría, por consiguiente, no insistir demasiado en la cuestión de quién debe ejercer el mando, no sólo porque, sea quien fuere el que lo ejerza, tendrá que someterse a realidades ineludibles, sino también muy especialmente porque la cuestión del “quién” amenaza con desembocar en un interminable bizantinismo, cada vez más parecido a aquel que, en torno a la legitimidad, inundó a Europa en los años postnapoleónicos. Ciertamente es que, cuando la discusión necesita momentáneamente llegar a un resultado práctico, atenerse a la legitimidad o, mejor dicho, a la legalidad es un recurso necesario. Pero no se olvide que se trata simplemente de un *recurso* y en manera alguna de un efectivo *programa*. La verdad es que sería infinitamente más conveniente no verse obligado a acudir de continuo a tales instancias, no tener que enzarzarse a cada momento en debates estériles para desenredar tan complicada madeja. El hecho de que, por ejemplo, la emigración republicana española haya caído una y otra vez en tales torpezas muestra hasta qué punto la derrota la había desmoralizado. Desmoralización sin duda explicable, porque el español que fué arrancado de su vivir normal por la fuerza de un destino demasiado gravoso, sentía la urgente necesidad de disparar contra lo más inmediato su justificado resentimiento. Afortunadamente, gravitaban sobre él muchas otras cosas además de la política, y el deseo de recuperarse le hizo abrir de inmediato fuera de España vías por las cuales pudo tran-

sitar un gran futuro. En este sentido hay pocos esfuerzos colectivos comparables con los que, en múltiples direcciones, desarrollaron los españoles emigrados, y un régimen que tuviera un mínimo de sentido común, en vez de desacreditar esta labor ingente y atribuirla a feroces delincuentes, celebraría en esa incomparable actividad uno de los hechos de mayor trascendencia para una de las grandes políticas españolas: la que se refiere a su relación con América. El hecho de que un periodista como el señor Madariaga dedique, en un libro que se propone ofrecer a los extranjeros una visión de España, un número aterrador de páginas a minúsculas cuestiones de la más menuda política y escasamente una página a la labor antedicha revela hasta dónde puede llegar la ofuscación en estos tiempos. De hecho, el trabajo desarrollado al margen de las discusiones políticas ha salvado a esta emigración y en modo considerable ha salvado a la misma España, quieran saberlo o no buen número de españoles. Pero el español emigrado no podía limitarse, como el de otros tiempos, a forjarse un destino individual en el nuevo hueco que abrió para su vida. No podía limitarse a esto, porque no se ausentó de su país en busca de fortuna, sino a causa de una fortuna adversa, y si con el destierro podía curar sus heridas y aun hacer más clara su visión de algunas realidades esenciales, no le era posible desentenderse absolutamente de situaciones de las que acaso dependiera su deseado retorno.

No se acuse, pues, demasiado a los españoles, ni siquiera a los políticos profesionales, de mezquindad y de bizantinismo. Tal vez haya algunos que tengan por única finalidad el disfrute de las inciertas prebendas del mando. Pero la mayor parte ha sido guiada por un deseo de reintegración que sólo veía posible con una modificación a fondo del actual estado de cosas. La discusión sobre quién debía mandar —discusión inexplicablemente limitada a quién debía mandar de las gentes conocidas— tenía su más profunda raíz en la necesidad de que se abriera el callejón sin salida dentro del cual todo el mundo se sentía más o menos aprisionado. Aun con su aspecto más desabrido, estas

inútiles discusiones reflejaban el deseo que tenía de España todo español.

Cierto es que hubiera sido sobradamente ventajoso para esos españoles en destierro y aun para los que se sentían desterrados en España encontrar muy pronto aquellas figuras que, sin romper una continuidad legal, antes bien completándola, hubiesen podido agruparlos, otorgarles entre las naciones en lucha contra el fascismo aquella dignidad política que otros países, más afortunados acaso por menos comprometedores, han gozado ininterrumpidamente. Pero ha de advertirse, para que estas líneas no queden mancas, que buena parte de la culpa de la desintegración habida la tienen esas mismas naciones que consideraron la lucha española, según uno de sus portavoces declaró en cierta ocasión, como una manifestación de “premature antifascismo”. Una vez más tenía que pagar España por haberse anticipado a algo, como pagó duramente por haberse anticipado hace cinco siglos a la necesidad moderna del Estado. Toda discusión se hubiese, en efecto, desvanecido desde el instante en que las naciones unidas y principalmente las que más próximas estaban a los intereses y cuestiones españolas —Gran Bretaña y Estados Unidos— hubiesen reconocido, por lo menos como susceptible de “dignidad política”, a alguna personalidad o a algún grupo medianamente respetable. Pero en vez de esto hicieron exactamente lo contrario: por un lado, alentar la perduración de un régimen que se había instaurado cabalmente como un desafío a esas mismas naciones; por otro, fomentar una disgregación completa de toda oposición mediante oficiosos tanteos de toda clase a toda clase de pretendientes. En otros términos: la política de “apaciguamiento” seguida por tales potencias no tenía nada que ver con el apaciguamiento de los españoles. Como ha observado agudamente Francisco Ayala en un trabajo que merece cierta meditación,³ la figura de España ha oscilado en el curso de la época moderna entre dos extremos: uno de ellos estuvo constituido por el poder y su resultado fué la oposición encarnizada, la lucha a muerte, el espanto ante lo diabó-

³ La perspectiva hispánica (Razón del mundo, 1944, p. 117-164).

lico. El otro estuvo constituido por la decadencia y su resultado fué la risa ante lo pintoresco. La actitud de las grandes potencias democráticas frente a la España contemporánea ha sido estrictamente ésta: subrayar lo pintoresco en todos aquellos momentos en que lo pintoresco se insinuara; desarticular el poder en todos aquellos instantes en que el poder se afirmara. Si algunas potencias tienen interés en mantener un régimen como el actual o como la posible continuación del actual no es, de consiguiente, por una supuesta aversión a extremismos de los que abominan ya la mayor parte de los españoles; es porque semejante régimen se ve obligado a sostener su poder cediéndolo sin descanso. Un régimen que, por sus tradiciones y su voluntad, se colocara al lado de las potencias democráticas sería, en cambio, demasiado libre para que pudiera ponerse fácilmente coto. Y no me refiero sólo a la necesaria libertad interior, sino *también* a aquella libertad para desarrollar la política externa que mejor convenga a los intereses propios sin por eso hollar los ajenos, es decir, la política internacional en la que no resulten antitéticos los términos de independencia y de colaboración auténtica.

A esta disgregación de las fuerzas que en alguna ocasión hubiesen podido intentar una política verdaderamente nacional han contribuido, por lo tanto, no menos los extranjeros que los propios españoles. Pero sería inútil y aun pernicioso reducir todo esto a un monótono lamento sobre la incomprensión de las grandes potencias y especialmente de aquellas a cuyo lado estuvieron en los peores momentos la mayor parte de los españoles. Lo característico de la política internacional, entendida como una inevitable relación de fuerzas, es tener que convivir y aun ayudar a quienes menos interés muestran por un trato recíproco. No sería así nada discreto que los españoles orientados hacia la democracia o, por lo menos, adversarios del totalitarismo, manifestaran su resentimiento —como en ciertos instantes transitoriamente ha ocurrido— mediante una inclinación hacia la política de las potencias vencidas o con una radical y exclusiva orientación hacia potencias que, como Rusia, no pueden ser desechadas y aun deben ser muy finamente

atendidas, pero cuya lejanía de los intereses espirituales y materiales de España las pone un poco entre paréntesis. Actitud tal sería la menos a propósito para que España pudiese desbrozar el camino del futuro. Pero eliminar semejante actitud no significa adoptar la opuesta: defender a toda costa cualquier acción de las grandes potencias democráticas, estén o no a favor de España. Quienes asumen tal postura difícilmente podrán contar entre los españoles. No se trata, por cierto, ni de oponerse por principio a las grandes potencias vencedoras ni de humillarse ante ellas. Se trata de poder moverse en el gran juego del futuro; se trata puramente, sencillamente, de *ser*.

VIII

LA HIDALGUÍA Y EL ORGULLO — OTRA VEZ LA RECONCILIACION POSITIVA — LA POLITICA DE EQUILIBRIO — CUESTIONES DE POLITICA MUNDIAL

Que los españoles no reparen en tales evidencias no se debe, claro está, a una supuesta ceguera congénita o, por lo menos, no se debe sólo a ella; tiene también una de sus principales causas en la arena que sobre sus ojos arrojaron algunas direcciones de la política europea de los últimos años como continuación de una política hacia España en el curso de la época moderna que, a fuerza de ser repetida, ha llegado casi a ser monótona. Mas la persistencia de esta actitud hubiera debido mostrar a los españoles que la salvación tiene que proceder de sí mismos, de una voluntad dispuesta inclusive a desarticular la fuerza del destino. Se me dirá que así ha acontecido en bastantes ocasiones, cuando el español ha decidido afrontar la adversidad para defender lo que consideraba su inalienable patrimonio y su insobornable entraña. Mas sin que quiera desconocer ahora muchos de los valores morales de semejante actitud, diré también que, aun siendo ella indispensable, no es suficiente para la salvación propugnada. En verdad, toda política española internacional que se estime tiene que ser casi quijotesca hidalga. Aun por razones pragmáticas tiene que serlo, pues a la larga resulta perjudicial y ruinosa la perfidia. Mas la hidalguía atendida a sí misma puede confundirse hasta casi identificarse con el desmedido orgullo. Acaso el orgullo y la soberbia españolas no sean, como tantas veces acontece, sino la prolongación de una virtud espléndida, y en el caso presente de una hidalguía extremosa, de una actitud que, por ne-

garse a mancillarse, acabaría por perderse. Quede, pues, bien entendido que, al anunciar que la salvación de los españoles tiene que venirles de sus propias fuentes, no pretendo que, desilusionados de un mundo que da suficiente pábulo para toda suerte de desengaños, amenacen con encerrarse dentro de sí y con querer mostrar a los demás las excelencias indudables de una virtud que si comienza por ser efectiva y magnífica puede transformarse en el menos perdonable de los pecados.

En ningún otro instante es más conveniente esta advertencia que ahora, cuando parece que lo único capaz de unir a los españoles —no en comunidad nacional, pero sí en complejo de reacciones— sea, no la suma de sus valores positivos, sino el compendio de sus valores negativos, la soberbia mezclada con el resentimiento, el orgullo unido al desengaño. Esto imposibilitaría de raíz la edificación de un Estado auténtico y de una nación que pudiese afrontar confiadamente el futuro, pues, aun cuando llegase a producir una reconciliación, lo haría con bases negativas, sin misericordia y también sin justicia. Nada podría esperarse de un Estado que se limitase a seguir una política cuya independencia no tendría otra razón de ser que el haber podido escapar a un conflicto mundial sólo por haberse producido hasta el último instante un equilibrio de grandes potencias. Tal vez aun en el caso de triunfo de la República española, hubiese ésta tenido que seguir asimismo una política neutral. Pero una política neutral no tiene nada que ver con una política que comienza por declararse partidaria y que luego, vueltas las tornas, se manifiesta pulcramente equidistante. Porque justamente el hecho de haber efectuado un giro cuya habilidad está fuera de toda duda, entrega semejante Estado al albedrío de aquellas potencias que, por salir vencedoras, pueden ahora ejercer considerable presión sin ni siquiera ponerse en movimiento. El deseo de bienquistarse con tales potencias conduce al régimen actual español o al que pudiese sucederle con el interesado amparo de algunas naciones a cesiones no menos graves por ser menos aparatosas. El deseo de sostenimiento de tal régimen o de cualquier incolora restauración por par-

te de algunos grupos políticos aliados no obedece a otros motivos. Se me contestará que no hay tal, y que todo ello no tiene más finalidad que el deseo de evitar inútiles trastornos o un cambio tan radical de política que llevara a España de una orientación fascista a otra comunista últimamente determinada por la Unión Soviética. Pero aparte el hecho de que precisamente ciertos apoyos arrojan inmediatamente a los enemigos del régimen al otro extremo de la barricada —un fenómeno que aconteció evidentemente durante la guerra civil—, debe asimismo tenerse presente que hay orientaciones políticas de cuyos fines últimos ni siquiera sus iniciadores tienen plena conciencia. Es de sobra notorio que la política tradicional de toda gran potencia europea y muy en particular de Inglaterra consiste en neutralizar a aquellos países que de manera efectiva o posible amaguen con una alteración de equilibrio. Ahora bien, si la política del equilibrio de poder fué en su tiempo un enorme progreso y constituía, como más de una vez se ha advertido, la manera como a la sazón se expresaba la radical unidad europea, resulta ahora improcedente, por lo menos para Europa. La política del equilibrio de poder se ha trasladado, en todo caso, al planeta entero y es más que probable que el mundo dependa aún de ella por múltiples décadas. Mas esta transformación muestra la insensatez de aplicar a cualquier país de Europa o, si se quiere, del Occidente europeo una política que, al deshacer su unidad, puede de nuevo desencadenar aterradores conflictos. Precisamente porque España o, para hablar con mayor propiedad, toda la Península ibérica, es una pieza indispensable de la unidad europea y aun de una más amplia unidad europeo-americana, occidental o “atlántica”, es sobremanera erróneo afrontar su problema a la manera de la antigua política de equilibrio. No cabe duda de que, aun dentro de cada una de las grandes unidades de poder que se están actualmente formando, habrá y deberá haber un considerable juego libre, de que habrá —y será conveniente que los haya— roces y resistencias. Sin ellos toda libertad perecería, víctima de una unidad excesiva, de un “totalitarismo” de nuevo cuño. Mas esta libertad se halla, quiérase o no, un poco al margen de las grandes direccio-

nes que ineludiblemente tendrán que asumir los nuevos centros de fuerza. La mejor manera de que haya en el mundo de Occidente esa libertad dentro de la unidad que ningún otro mundo ha podido conseguir hasta ahora, consiste justamente en que no se renueve en su seno una caduca *balance of power*. Más que nadie debería entender esto Inglaterra, que por el aumento de poder de las otras grandes potencias mundiales, tiene que caer por fuerza dentro del radio de acción de la futura unidad europea.⁴

La política de las potencias vencedoras hacia España, y especialmente la política que adopten las potencias democráticas, debería ser así sensiblemente distinta de la que ahora adoptan. No se trata, conste bien, de ayudar a nadie. España necesita constituirse en nación y proseguir un despertar que, en parte por ofuscación de los mismos españoles, pero en parte acaso mayor por la general desdicha del siglo, se truncó tras manifestarse espléndidamente en las últimas décadas, al margen de la política y aun a pesar de ella. Su fortalecimiento, como el fortalecimiento de Francia y por las mismas razones, es indispensable para las potencias democráticas que quieran verse libres de la pesadilla europea. No se trata, repito, de ayudar a nadie, pero tampoco de obstaculizar a nadie: les bastará a los españoles no sentir gravitar sobre sus ya abrumados hombros el peso de las ajenas malandanzas. Sólo así colaborarán de manera efectiva a la constitución de ese mundo que puede surgir de las ruinas europeas, un mundo cuya levadura fué el Mediterráneo, cuyo primer cuerpo de desarrollo fué Europa, y cuyo futuro ámbito será probablemente esa “civilización atlántica” para la cual no hay que redactar ninguna magna carta, porque desde hace muchos siglos está redactada: la carta que reconoce que el hombre es una persona humana y que cada persona es de raíz insustituible.

⁴ Claro está que las mejores cabezas inglesas comienzan a comprenderlo así. Véase, por ejemplo, los párrafos dedicados a esta cuestión en el libro de Edward Hallett Carr, *Condition of Peace*, 1942, p. 193-204 —un libro no menos fundamental porque algunas de sus tesis sean infinitamente discutibles.

IX

LA TAREA FUTURA — GENIALIDAD Y PROGRAMA — PONERSE DE ACUERDO Y ESTAR DE ACUERDO — EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA — RELACION DE LA VIDA CON LA POLITICA — CUESTIONES PENINSULARES

La magnitud del esfuerzo que hay que realizar, la gravedad de la futura tarea, hace que toda menuda cuestión de política doméstica cómo las que los españoles suelen debatir en el destierro o en su propia patria, deba ser relegada al reino de lo intrascendente. No queda, claro está, suprimida, pero tiene que disolverse en el más amplio torbellino de un futuro en el que entran en cuestión no sólo España o el mundo hispánico, sino todo ese Occidente que está pasando por horas decisivas. Tal vez la batallona cuestión de quién debe mandar en España en el futuro pudiera contestarse, por lo pronto, de una manera negativa: nadie que lo haya hecho hasta el presente. No ignoro que esto no es más que una condición. Pero es una condición tan inexcusable, que el tenerla presente equivale a solucionar ya la mitad del problema.

Conviene así que las mentes españolas se acostumbren a pensar con mayor flexibilidad que la usada y que no pretendan hendir el futuro por medio de los esquemas de un pasado cualquiera. No afirmo, conste bien, que el pasado no nos sirva. Por el contrario, tal como he proclamado con insistencia casi fatigosa, una de las tareas más urgentes consiste en solucionar esa incompatibilidad de todo español con la historia, hasta el punto de hacer con ella lo que Claudio Sánchez Albornoz proclamaba con acertada fórmula: “Mantenella y enmendalla”. Pero, en primer lugar, la historia no debe ser confundida con la super-

ficie de ella, y, en segundo término, aun teniéndola en cuenta en su verdadera profundidad, no debe ser tratada como algo que tiene que proseguir eternamente, sino justamente como historia, como un pasado que sólo como pasado alcanza perduración y sentido. El continuo apoyo en la historia no representará entonces un obstáculo para esa mental flexibilidad que los españoles necesitan, para ese brincar sobre los tópicos y las fáciles consignas, ese continuo oscilar entre la realidad y la idea. Entendidas así las cosas, se comprenderá que una futura política española deba contar casi por partes iguales con la genialidad y con el programa. Deberá, en otros términos, calcular muy bien cada uno de sus pasos para no pisar en falso, pero deberá asimismo poseer la flexibilidad suficiente para que el programa sea, no un juego intelectual, sino una verdadera orientación en lo real.

Todo esto que suena a vaga abstracción alcanzará un perfil muy concreto desde el instante en que se aplique de verdad a las realidades que aquí tan atropelladamente describimos. Se dijo ya que una de las bases efectivas para una reconciliación de españoles que fuera algo más que una simple coalición de partidos consiste en ver de qué positivas virtudes se nutren los actos aparentemente menos virtuosos. Cosa bastante más fácil de lo que parece, porque, como en alguna ocasión he anunciado, acontece en España algo muy parecido a lo que desde hace ya tiempo ocurre con los diversos países de Europa: no se trata de ponerse de acuerdo, sino de mostrar que, efectivamente, *se está de acuerdo*.⁵ Pues bien, en el mismo sentido en que la unidad europea y cada vez con mayor vigor la unidad del Occidente entero no es algo que haya que crear, sino algo cuyos fundamentos deben ser mostrados, la unidad de los españoles es un hecho bastante más cierto de lo que podrían dar a entender sus estruendosas disensiones. Pues estas disensiones proceden, como hemos indicado repetidamente, de una misma raíz y son, en última instancia, la prolongación de idénticas virtudes. Pero de nada serviría limitarse a repetir verdades tan obvias. Lo que tiene que hacer una futura política con sentido, una de esas políticas

⁵ Véase para mayor aclaración sobre este importante punto mi nota al libro de Guillermo de Torre: *Menéndez y Pelayo y las dos Españas*, en SUR No. 110, p. 99-103.

que a fuerza de moderación resulta osada, es llevar a la práctica esa realidad inquebrantable. De ahí la necesidad casi ineludible de una previa desarticulación de todos los artificiales grupos políticos que pugnan por alcanzar de nuevo el poder o por conservarlo. Entiéndase bien: no abogo por una simple desaparición de partidos y menos aún por la formación de un nuevo partido único que recaería en las mismas eternas torpezas de semejantes engendros. Creo firmemente que la democracia ha de ser severamente corregida si quiere en verdad conservar su mejor esencia, pero creo también que si se comienza por declararla inane, aparecerá, dispuesta a sustituirla, la figura absorbente de cualquier imprevista tiranía. No conviene insistir, pues, demasiado sobre la necesidad o inconveniencia de suprimir partidos políticos o grupos; digo sólo que una política eficaz solamente podrá realizarse desde el momento en que, aun con los más variados partidos, haya en el país otras influencias que las estrictamente partidarias. De hecho, esto acontece en una escala cuya magnitud, de poder medirla exactamente, nos sorprendería; en cualquier país, aun en aquéllos en que se ha cumplido más inexorablemente la tiranía de la política sobre la vida, hay múltiples realidades que escapan a ella. Pero no se trata solamente de escapar a la tiranía; se trata, aun en el desdichado caso de haberla, de influir sobre ella. La desarticulación de los grupos políticos no significa, de consiguiente, la aniquilación de unos grupos para su inmediata sustitución por otros de análoga factura. Sean cuales fueren los grupos existentes, y aun suponiendo que su acción sea totalmente beneficiosa, resultará más beneficiosa aún si su poder no coincide exactamente con el poder total existente. En otros términos, la política del futuro, y no sólo para España, deberá consistir en buena parte en la coexistencia de múltiples poderes. O, mejor dicho, deberá sobre todo estribar en la posibilidad de que haya, dentro de la nación, una autoridad moral que no necesite funcionar estrictamente dentro del marco oficial del Estado. Y no se crea que con ello se produce una situación enojosa en que el Estado se desvanece, falto de asistencia. Por el contrario, sólo

porque existiría semejante autoridad moral o semejante serie de poderes podría salvarse el Estado de cualquier azaroso embate.

Tanto más necesario es esto en el caso de España cuanto que allí importa menos la estricta política que podríamos llamar doméstica, que la tarea que le incumbe desarrollar dentro del mundo occidental que se está ahora reagrupando y especialmente dentro de su zona hispánica o, si se quiere, para evitar conflictos verbales, ibérica. Por eso digo que frente a semejantes tareas la menuda cuestión de la política doméstica tiene que reducirse a esto: a hacer cobrar al Estado futuro autoridad moral mediante el apoyo y el esfuerzo de todas aquellas personas que no la hayan perdido por su intervención alevosa, desleal o simplemente desdichada. Todo lo que no sea esto es pura politiquería sin sentido. Y entonces será posible a la vez la solución de algunas de las más espinosas cuestiones que se le habían planteado a España precisamente porque se había empeñado en sostenerse dentro del angosto límite de una España que lo tenía todo impreciso y estrecho, inclusive el nombre. En rigor, cuando estamos hablando aquí de España y de las cuestiones españolas estamos cometiendo uno de esos delitos de nomenclatura que pueden resultar perniciosos si no se advierte de continuo contra sus celadas. Acaso uno de los mayores brinco que tendría que dar el español para quebrar el círculo de hierro de sus eternas cuestiones consistiría en el arriesgado salto de pasar por encima de su propio país en busca de una más amplia tarea, rigurosamente inversa a la tarea del habitual imperialismo. Porque mientras este último es expansión del propio ser a un ámbito vacío, la tarea aquí propugnada es integración del propio ser con el ser ajeno, estricta concordancia y ninguna violencia. Por eso las cuestiones españolas son, en el rigor de los términos, cuestiones peninsulares. Y ni siquiera importa el tipo de unidad que se establecería entre las partes diversas de la península con tal que, respondiendo por lo demás a raíces profundas, fuera un común caminar por los mismos inevitables senderos. Porque, para referirme a un caso concreto, resulta, por ejemplo, sobremanera ridículo que algún español sienta aversión o siquiera

indiferencia por la literatura catalana o cualquiera de las manifestaciones de este espíritu en el que hay bastante más de lo que hasta ahora se había supuesto. ⁶ En rigor, un español tendría que sentir alegría por el florecimiento de esa literatura y de ese espíritu, en el mismo sentido en que tendría que sentirse completado y no disminuído o corregido por las manifestaciones del alma portuguesa. Porque Cataluña y Portugal enlazan al español con orbes que le son indispensables si quiere seguir respirando con mediana holgura. Poco importa, pues, ante esto la forma de unión que pudiera establecerse, porque acaso no haya, en última instancia, nada tan precario como las uniones puramente formalistas. Pero mostrar que ese otro mundo peninsular, más arraigado aún a España de lo que hace sospechar su contigüidad geográfica, es a la vez un mundo que, por trascender de España, puede salvarla, no resulta acaso tan inútil como pudiera creerse. Sobre todo habida cuenta de que toda esa Península, cuya capital pudiera ser Barcelona, cuya capital pudiera ser Madrid, cuya capital pudiera ser Lisboa o todas tres a un tiempo, no constituye sino una parte esencial de un gran mundo hispánico cuya palabra sea acaso digna de oírse en el futuro.

⁶ Véase mi libro *Las formas de la vida catalana*, 1944, sobre todo el Capítulo I: La continuidad.

X

LA SUPERACION DEL LOCALISMO ESPAÑOL — LA CUESTION DE LA RESURRECCION DE UN IMPERIO — LA BATALLA GANADA — LA FORMA DE RELACION DE LA PENINSULA IBERICA CON AMERICA — EL RENACER DEL MUNDO HISPANICO

¿No habremos llegado así, en el mismo instante de tocar el problema del mundo hispánico, al cabo de las cuestiones españolas? Años hace que las mejores cabezas de España se quejan con razón del casi rural ambiente que domina la vida de sus habitantes. Confinados en sí mismos, cuando no en sus propias querellas aldeanas, los españoles han visto pasar los decenios y los siglos sin sentirse atraídos por ninguna gran empresa. Peor aún: han creído algunos que la gran empresa consistía en resucitar un pasado imperial que ni siquiera se tomaron la pena de estudiar en qué había verdaderamente consistido. La resurrección de tal pasado no era, pues, más que la prolongación de su propio solitario confinamiento y, desde luego, una de aquellas maneras de despreciar la historia que consiste en pretender que cualquiera de sus instantes perdure y se haga eterno. La gran empresa necesaria para que los españoles emerjan de su provinciano vivir no tiene, así, nada que ver con semejante resurrección y aun en cierto modo es lo inverso de ella. El delirio que se ha apoderado en los últimos tiempos de algunas cabezas españolas no es tanto el deseo de iniciar esa gran empresa que ha de salvar a España de su marasmo como una manifestación más de uno de los fenómenos más interesantes y menos atendidos de nuestro tiempo: la inaudita influencia que sobre unos tiempos llamados realistas ejercen los más huecos vocablos. Aunque no fuese

sino por este fenómeno, podríamos advertir que el mundo entero, y no sólo España, se siente radicalmente desorientado. Pues únicamente cuando hay verdadera desorientación puede el hombre eludir las realidades que más firmemente le sostienen para vagar sin rumbo, arrastrado por los girones de la más imprecisa literatura.

Los españoles necesitan para salir de su provincialismo una gran empresa, y esta empresa no puede ser sino la siguiente: colaborar, sin menoscabo de su pertenencia a Europa, al fortalecimiento y al pulimento de ese mundo hispánico que se extiende por todas las tierras de Iberoamérica. Este es el sentido de su misión y la más alta gesta posible de su historia. Que una empresa como ésta haya sido confundida con la resurrección de un imperio, es lo que más de raíz invalida los propósitos del actual régimen o, si se quiere, de algunos de sus más exaltados sostenedores. Porque, en efecto, tomar el rumbo que pretenden semejantes exaltados constituiría el procedimiento más eficaz no sólo para destruir el mejor futuro de España y de la Península, sino también para aniquilar la influencia que el mundo hispánico en total y especialmente la parte americana de este mundo pueda ejercer en el futuro de Occidente. La primera condición para que esto no ocurra es no presentar ridículas actitudes de batalla contra potencias que, como los Estados Unidos, deben ser, desde luego, contenidas en lo que tengan de ilegítimo afán de avasallamiento, pero que sólo podrán ser verdaderamente contenidas si son a su vez mejoradas. Empezar por una lucha material en torno al poder sería, por lo tanto, la más imbécil consigna posible. Tanto más cuanto que las gentes de la Península ni siquiera necesitan entablar una batalla, porque *ya la tienen ganada*.

Sí, los peninsulares tienen ganada la batalla por este mundo, y lo que se trata de hacer ahora es simplemente no perderla. Lo que más necesitan no es, pues, vana agitación e inútil alharaca, sino máxima prudencia y buen tino. Desde México hasta la Tierra del Fuego se siente, oscura pero no menos apremiante, la necesidad de echar a andar un modo de civilización que acaso tiene muchas fallas, que tal vez ha heredado grandes pobreza, pero que no puede ser sustituida por

ninguna otra. Daría ahora bastante que hacer bosquejar los rasgos distintivos de esta forma de vida, que pertenece sin duda al Occidente, pero que se destaca de él con rasgos vigorosos. Casi diría que interesa tanto a sus habitantes como a los de otras partes del mundo occidental acentuar tales rasgos, perfilar semejantes caracteres distintivos, fortificar esa independencia. Lo que menos interesa en verdad al Occidente no hispánico es intentar una disgregación que sería tal vez la disgregación total de un mundo que estamos empeñados en mantener a toda costa. Pero la conservación de tales rasgos y el perfeccionamiento de una tal forma de vida no pueden depender simplemente de la comprensión ajena, sino que, como en el caso de las cuestiones españolas, que ahora se nos aparecen ya con toda su doméstica faz, tienen que venir de sí mismas, de un esfuerzo para arribar a la conciencia de sí que, por fortuna, es cada día menos improbable.

Si los españoles o, para seguir con una terminología que reconocemos vaga, pero que es indudablemente más fiel a la realidad, las gentes peninsulares tienen ganada, como apuntaba, la batalla, no es, pues, porque se trata de algo que ellos tengan propiamente que ganar, al modo como se gana una colonia o se conquista un imperio, sino porque esa superación de sí mismos, ese salir de sí para entregarse a otro, es la única salvación factible. Con esto podrá advertirse que lo que aquí se propugna no tiene gran cosa que ver con el usual vacío iberoamericanismo. No se trata, en efecto, simplemente de “fomentar” las relaciones entre la Península y la América de habla latina, ni menos aún de empeñarse en una lucha de influencias con otros países para conseguir mercados ni tampoco para efectuar lo que se llama, con expresión abominable, “penetraciones culturales”. La Península no necesita entrar dentro de esta América, porque repetimos, *está ya dentro de ella*. Las gentes peninsulares, y sobre todo los españoles, deberían actuar en consecuencia menos como seres dotados de un cierto derecho de prioridad histórica, intelectual o moral que como iberoamericanos o, para decirlo con máxima generalidad, como hispánicos cuya única ventaja sobre todos los demás consistiría, por el momento,

en hallarse exentos de localismo. Relacionar la Península Ibérica con América significaría, a lo sumo, relacionar un localismo con otro. Lo que se trata de hacer es no tanto influir como ponerse simplemente a actuar. Y no se diga que ello sería mirado con recelo. Precisamente porque el español, para no referirme sino a él, comenzaría por renunciar al propio país, por no considerarse como representante de un determinado país frente a un determinado continente o a cualquier porción del mismo, el recelo se desvanecería falto de fundamento. Lo que no quiere decir, claro está, que el español “renunciara” a España en el rigor de los términos; quiere decir tan sólo que ella se le aparecería —de hecho, así acontece casi siempre, y por eso insisto en que la batalla está ganada— como algo que habría sido trascendido, como algo que aparecería ante una realidad mayor y más sustantiva como intrascendente. El recelo se desvanecería, repito, desde el mismo instante en que la superación de los localismos americanos tuviera por condición la superación del localismo peninsular.

Si esto no es una gran misión y una incomparable empresa, permítaseme preguntar cuáles podrían ser éstas. Porque al hacer posible la aglutinación de ese gran mundo hispánico se podrá conseguir a la vez lo que había parecido hasta ahora casi insensato: que las formas de vida de ese mundo destiñan, por así decirlo, sobre el resto del Occidente, permitiendo de este modo que la cultura occidental no quede manca, arrastrada por modos absolutamente indispensables, pero también lamentablemente insuficientes. Todo lo que no ha sido hispánico en el mundo de Occidente ha coincidido aproximadamente con los ideales de la época moderna, ideales que no pueden ser simplemente desechados en nombre de cualquier realidad anterior a ellos, pero que tienen que ser indudablemente superados. Ahora bien, hay muchas probabilidades de que sea el mundo hispánico el único que, por no haberse entregado total y frenéticamente a ellos, pueda servir por lo menos de alcaloide para la superación apuntada. La cosa parecerá excesiva para quienes atienden más a las aparatosas manifestaciones del poder que a los poderes más soterraños y efectivos que alientan en

el mundo. Pero si pudiéramos extendernos debidamente sobre punto tan decisivo, veríamos que el aspecto desmesurado de esta afirmación resultaría, a la postre, insuficiente. No podemos hacerlo aquí y acaso no haya llegado aún el tiempo para hacerlo. Pues una comprensión a fondo del problema que estamos suscitando requeriría una reinterpretación a fondo de toda la época moderna y aun un nuevo radical análisis de una forma de vida que se inició hace veintiséis siglos, con el nacimiento de la filosofía, y que ahora podemos contemplar como algo pasado precisamente porque ha arraigado definitivamente en nuestra vida humana.

XI

PRIMERA INTRODUCCION AL MUNDO HISPANICO

No sería acaso discreto dar fin a fórmulas que ha habido que presentar de tan gratuita manera sin señalar levemente en qué sentido podría el mundo hispánico, cuya constitución tanto interesa al español y a todas las gentes peninsulares, contribuir al necesario fortalecimiento de la cultura de Occidente. Hemos mencionado ya que el mundo hispánico se nos aparece ante todo como un mundo que ha heredado una cierta pobreza, por lo menos si lo comparamos con el resto del mundo occidental, que parece complacerse en mostrar con petulancia sus riquezas fabulosas. No es menester subrayar que no nos referimos aquí a la pobreza material, aun cuando también en este aspecto parece cumplirse la desigualdad apuntada. Se trata de otra forma de pobreza: la que atañe a la expresión misma de su vida o, para ser más exactos, a la expresión de esta vida en las formas de la alta cultura. Para averiguar lo que es el mundo hispánico parece ineludible ejecutar una operación estrictamente inversa a la que se hace necesaria para saber lo que es el resto del Occidente: en vez de preguntar por su filosofía, hay que adentrarse en su sabiduría común; en vez de indagar acerca de sus palabras, hay que contemplar muy atentamente sus gestos. Tal condición resulta sobre todo inexcusable cuando referimos lo hispánico y lo no hispánico dentro del común mundo de Occidente a la debatida cuestión de la forma de la filosofía. Cuestión ciertamente mucho más importante de lo que podría parecer a primera vista para entender esas maneras de vida, porque no se trata de un mero problema de la historia filosófica, sino de algo infinitamente más radical y

hondo que esto: de los supuestos implícitos en la filosofía misma y, de consiguiente, en la existencia humana que hace tal filosofía posible.

Pues bien, si nos adentramos en esta cuestión con el decidido propósito de echar por la borda las nociones más tópicas, advertimos de inmediato esto: que mientras el occidental no hispánico tiene una tradición de filosofía y de alto pensamiento y, lo que es más importante que esto, vive en buena parte de las decantaciones que semejante tradición efectúa en su vivir cotidiano, el occidental hispánico tiene que partir, cuando es leal consigo mismo, de la conciencia de una falta. De una falta que oculta, desde luego, una riqueza maravillosa y todavía no bien explorada, pero de algo que se le aparece al no hispánico como una falla declarada de la que hay que curarse aprendiendo aquella otra tradición del pensar filosófico. Mas he aquí que en el mismo instante en que el hombre hispánico se dispone a seguir semejante tradición, advierte que hay en ella algo que el no hispánico no había advertido y que, en cambio, él, hombre de limitaciones y pobrezas, había desarrollado sin saberlo. En otros términos: compuesta la filosofía y toda alta forma del pensar de razón y de vida, se ha dado el caso de que mientras el occidental no hispánico, especialmente en el curso de la época moderna, ha hecho gravitar casi enteramente su existencia sobre la razón, el occidental hispánico ha hecho que gravitara, por así decirlo, sobre sí misma, ha hecho que su humano existir coincidiera lo más posible con su vida. Ahora bien, uno y otro han representado los dos hemisferios de una realidad que sólo por la conjunción de ellos podía ser perfecta. De ahí que el hispánico alentara siempre aquello que en el alto pensar filosófico había sido “heterodoxo”, es decir, todo lo que eludía en alguna manera la soberbia de la razón e intentaba acercarse a la realidad, todo lo que desechara el esfuerzo para acogerse a la gracia, todo lo que, según ha apuntado María Zambrano, “evitando la soberbia de la razón y la soberbia de la vida, puede constituir el más fecundo saber de nuestros días, aquel

que la advierte al hombre, que le guía y, sobre todo, que le enamore o le reenamore".⁷

Pues la cultura hispánica —para adoptar un nombre que abarca mucho más de lo que él mismo supone— es esa cultura que ha logrado permanecer casi virgen frente a la violencia y a la soberbia, que ha permanecido lo más cerca posible de la espontaneidad aun en aquellos momentos en que con mayor ímpetu parece dominar la violencia. Cosa tanto más sorprendente cuanto que semejante cultura hispánica no era tampoco un modo de vivir semejante al del oriental, una exclusiva orientación hacia lo estático frente al perpetuo dinamismo de Occidente. Ha sido cosa distinta: ha sido la otra cara del Occidente, la cara que hasta el presente permaneció oculta o que, cuando menos, se asomó sólo tímidamente y de vez en cuando. En la gran lucha de las esencias contra las existencias —lucha que, a pesar de su abstracta factura, resume el Occidente entero—, lo hispánico ha estado decididamente en favor de las últimas. Fórmulas tales parecerán exageradas, y lo son sin duda en buena parte, no sólo porque puede haber y hay de hecho múltiples excepciones, sino porque tal vez una tajante distinción es imposible y nos revela precisamente aquella necesidad que toda existencia tiene, para comprenderse a sí misma, de recurrir al reino de la esencia. Pero lo que quiero enunciar con todo esto es algo bastante más simple de lo que parece. Quiero decir tan sólo que mientras la cara no hispánica del Occidente ha vivido predominantemente orientada en la dominación de la realidad, la cara hispánica ha vivido, en cambio, principalmente orientada en la sumisión a ella. Por eso lo no hispánico ha alcanzado su máxima potencia en la victoria, en tanto que lo hispánico ha encontrado muchas veces su más entrañable ser en el fracaso. Pero, entiéndase bien, este fracaso ha sido únicamente el fracaso ante el predominio de una cultura, mas no el fracaso ante el predominio de una vida. Esto ha tenido lugar sobre todo durante la época moderna, la única, por otro lado, en que tal distensión de las esencias con las existencias, de la soberbia con la humildad, del es-

⁷ *Pensamiento y poesía en la vida española*, 1939, p. 20.

fuerzo con la gracia, de la razón con la vida se ha manifestado en buena parte con esa contraposición de dos hemisferios —el hispánico y el no hispánico— de Europa. No quiero decir ni mucho menos que haya habido sólo estos dos, ni siquiera que ellos coincidieran de manera estricta con dos culturas que se han desarrollado en dos determinados territorios. Al llegar a este estado de la cuestión, el problema trasciende de todo territorio y aun de toda cultura, porque se refiere a dos formas de vida. Ahora bien, si es cierto que ninguna cultura ha participado exclusivamente de cualquiera de ellas, es notorio por lo menos que mientras el europeo moderno se ha sentido arrastrado por lo que hemos llamado el triunfo de las esencias, el hispánico ha vivido gravitando sobre las existencias y sobre la pura y simple espontaneidad de la vida. No discuto lo que ha sido mejor; es suficiente, por lo pronto, comprobar lo que efectivamente ha ocurrido. Y lo que ocurrió es esto: que el hispánico ha sido, en medio de un mundo cada día más orientado hacia la razón y hacia la violencia de la razón, el que ha vivido cada vez más porfiadamente, casi diría cada vez más desesperadamente entregado al aparente fracaso de la vida espontánea y humilde.

Nada de extraño, pues, que mientras uno de esos mundos haya llegado a sobreponer los modelos mecánicos a los modelos humanos, el otro mundo haya seguido la dirección inversa. Adviértase bien: no insinúo con esto que el mundo no hispánico haya poseído exclusivamente modelos mecánicos, productos de la razón y de su violencia sobre la naturaleza, mientras el mundo hispánico haya tenido, en cambio, mayores y mejores modelos humanos, productos y consecuencias de la vida. Puede ser que ello haya ocurrido efectivamente, pero lo que enuncio es más radical: afirmo que, aun en el caso de que el mundo no hispánico haya poseído más abundantes y mejores modelos humanos que el hemisferio que para entendernos hayamos opuesto, pero que deberíamos calificar simplemente de complementario, tales modelos han sido en cierto modo relegados, porque no se les ha considerado como lo que auténticamente fundaba y justificaba una cul-

tura, sino tan sólo como lo que estaba situado en el inferior nivel de la vida. No es así una cuestión de calidad o de cantidad, sino una cuestión de *sentido*. Ahora bien, si ha parecido y sigue pareciendo en gran parte que sólo la cara no hispánica del Occidente ha tenido propiamente hablando una cultura, se ha debido al hecho de que sólo los productos de la razón han constado verdaderamente en los libros de historia, acaso porque la historia ha sido también el producto de esa razón violenta. La vida, en cambio, no constó hasta el presente en la historia, porque era considerada como algo situado fuera de ella, como algo indigno de figurar dentro de su marco. Que esto vaya siendo cada día más infrecuente demuestra, claro está, que de algunos decenios a esta parte la relación anterior ha sufrido alguna inversión y que el predominio de la razón sobre la vida está en camino de experimentar un radical trastorno. Pero lo que se trata de hacer ahora no es simplemente acelerar el trastorno de un mundo y negar a la razón sus definitivos e irrenunciables derechos, sino de complementar lo que había venido existiendo por separado, de llegar a un acuerdo de vida y razón, de esencia y de existencia, de soberbia y humildad que vaya acercando cada vez más al hombre de Occidente a ese hombre entero que en múltiples ocasiones vislumbró sin que todavía se haya realizado. La cuestión de la inserción del mundo hispánico en el más ancho mundo de Occidente no es, por lo tanto, una cuestión académica; es tal vez el aspecto concreto del más agudo problema que hasta ahora se le había presentado al hombre occidental con el fin de solucionar una crisis que se manifiesta de maneras mucho más sutiles que por el estruendo de las armas.

Mas la posibilidad de una integración del hombre no queda reducida a esa posible armonía de contrarios. La complementación del Occidente por ese inesperado redescubrimiento de ideales que son a la vez nuevos y antiguos puede y tiene que efectuarse en otra dimensión grave. No por azar he insistido en que cierta actitud del español ante la historia representaba algo más que una incomprensión de la auténtica función del pasado: representaba una posible lección para todo aquel que hubiese aprendido, casi alevosamente, a justificar toda su

historia por el mero hecho de serlo. Sería erróneo inferir de esto que el defecto del español era siempre una gloria y que la virtud del europeo era siempre una falla. No sólo no es así, sino que no puede ni siquiera enunciarse en el rigor de los términos que haya habido por parte de Europa una continua justificación de todo su pasado. Para no ir muy lejos, observemos lo que acontecía en Francia, que ha sido considerada, y con razón, como la más perfecta expresión de esa continuidad histórica que ha sido acaso la máxima potencia y la mayor calidad de Europa. Desde hace mucho tiempo —ya desde fines del Siglo XVII y en particular desde comienzos del XIX— ha habido también en Francia “derechas” e “izquierdas” que han trascendido su mera significación política y han adquirido el carácter casi “metafísico” propio de las clásicas facciones españolas. Pues bien, Francia es también aquel país donde, por los motivos más diversos, y con extrema frecuencia, una mitad se ha alzado con inaudita violencia contra la otra. El país donde Voltaire puede convivir con Bossuet, es también el país donde se ha intentado, por ejemplo, negar un siglo de historia, considerada como una inexplicable degeneración de “la verdadera historia de Francia”. No digamos, pues, con demasiada alegría que mientras los europeos en general y los franceses en particular se unen frente a cualquier peligro común y reconocen unánimemente el conjunto de su historia, España es el extraño país donde la historia es motivo permanente de discordia. Pero aun admitiendo esto, es cierto que ha habido por parte del español y del europeo dos orientaciones distintas: una, hacia la aniquilación de la historia; la otra, hacia la justificación de ella. Orientaciones que poseían, desde luego, sus defectos y sus virtudes. El español podía llegar, más allá de la historia, a una purificación que difícilmente alcanzaba el europeo, mas podía llegar asimismo a una conversión en vida de cualquiera de los fragmentos de su pasado, anulando lo que pudiera haber en éste de auténticamente fecundo. A su vez, el europeo podía llevar a plenitud la propia historia, mas corría el riesgo de que jamás le fuera dado purificarla. Trasladando ahora la cuestión a esa más amplia contraposi-

ción de lo hispánico y de lo no hispánico dentro del Occidente, ¿no podemos enunciar que algo muy parecido ocurre en ellos? Pero justamente el hecho de que ocurra tal cosa puede hacer posible esa integración de lo positivo en que hay que ver cada vez más la salvación de un mundo que se agita entre extremos y que necesita con suma urgencia centrarse en sí mismo, alcanzar el pleno y fecundo equilibrio. Si lo hispánico y lo no hispánico son entendidos, pues, en esa radical aceptación de dos formas últimas de vida que alcanzan su mayor expresión en dos culturas y en dos territorios, no sería excesivo sostener que tal vez cada uno de ellos sólo alcance su salvación aprendiendo las formas de vida del otro. Cosa difícil, y aun imposible, si tuvieran que aprenderlas como algo contrario, pero infinitamente más factible si ha habido previamente esa integración que ha de aproximarlos. Yo siento que las palabras con que voy a terminar estos párrafos tan insuficientes ofrecen una figura demasiado abstracta para que puedan ser consideradas como operantes, pero me da la impresión de que una de las más profundas soluciones para la actual crisis podría hallarse en la siguiente fórmula: integración de la historia con la moral.

Se terminó de imprimir esta JORNADA el
día 5 de septiembre de 1945, en los ta-
lleres de la EDITORIAL SYLO, Durango 290.
México, D. F.

BIBLIOTECA
INVENTARIO 2015
DANIEL COSIO VILLEGAS

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/no. 53



3 905 0013993 D

LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra*.
Jorge Zalamea. *El hombre, naufrago del siglo xx*.
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra*.
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas*.
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra*.
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra*.
Alfonso Reyes, D. Cosío Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi. *La nueva constelación internacional*.
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países*.
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano*.
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina*.
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana*.
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina*.
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*.
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica*.
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica*.
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina*.
A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina*.
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad*.
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana*.
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana*.

23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo.*
24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.*
25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*
26. John Condliffe. *La política económica exterior de Estados Unidos.*
27. A. Carneiro Leão. *Pensamiento y acción.*
28. Antonio Carrillo Flores. *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra.*
29. Moisés Poblete Troncoso. *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile.*
30. José María Ots Capdequi. *El siglo XVIII español en América.*
31. Medardo Vitier. *La lección de Varona.*
32. Howard Becker y Philip Fröhlich. *Toynbee y la sociología sistemática.*
33. Emilio Willems. *El Problema Rural Brasileño desde el punto de vista Antropológico.*
34. Emilio Roig de Leuchsenring. *13 Conclusiones Fundamentales sobre la Guerra Libertadora Cubana de 1895.*
35. Eugenio Imaz. *Asedio a Dilthey.* (Un ensayo de interpretación).
36. Silvio Zavala. *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala.*
37. Roberto Mac-Lean y Estenós. *Racismo.*
38. Alfonso Reyes. *Tres puntos de Exegética Literaria.*
39. Agustín Yáñez. *Fichas Mexicanas.*
40. José Miranda. *El método de la ciencia política.*
41. Roger Caillois. *Ensayo sobre el espíritu de las sectas.*
42. Otto Kirchheimer. *En busca de la soberanía.*
43. Manuel Calvillo. *Francisco Suárez.*
44. Juan Bernaldo de Quirós. *El seguro social en Iberoamérica.*
45. Alexander H. Pekelis. *Una jurisprudencia del bien común.*
46. Julio Le Riverend. *Los orígenes de la economía cubana.*
47. Kingsley Davis. *Reflexiones sobre las instituciones políticas.*
48. *Cuestiones industriales de México.*
49. Josué de Castro. *Fisiología de los tabús.*
50. Max Aub. *Discurso de la novela española contemporánea.*
51. R. Iglesia.—L. B. Simpson. *Dos ensayos sobre la función y formación del historiador.*
52. Leopoldo Zea. *En torno a una filosofía americana.*
53. José Ferrater Mora. *Cuestiones españolas.*

Distribución exclusiva:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánuco, 63 - México, D. F.